

RENÉ GUÉNON (ABD AL-WAHID YAHIA): EL REY DEL MUNDO I

INDICE

LE ROI DU MONDE, Charles Bosse, París, 1927 ("Les Cahiers du Portique"), 1939, 1950. Gallimard, París, 1957, 1983, 1995.
Traducción italiana de Arturo Reghini: *Il Re del Mondo*, Milán, 1927, 1952, 1978. Adelphi, Milán, 1987.
Trad. castellana: *El Rey del Mundo*, Fidelidad, Buenos Aires, 1985 (trad. de Atilio Neira). Cárcamo, Madrid, (trad. de P. García) (pésima)
Trad. portuguesa: *O Rei do Mundo*, Ediçoes 70, Lisboa, 1982.

Trad. inglesa: *Lord of the world*, Coombe Springs Press, Charlestown, Wv., U.S.A., 1983. Distr. en U.K.: Bennet & Luck Bookshop, 120 pp.
Trad. húngara: *A Világkirály*, Farkas Lõrinc Imre Kiadó, Budapest, 1993.
Trad. alemana: *Der König der Welt*, Munich, 1956.

Capítulo I: NOCIONES SOBRE EL *AGARTTHA* EN OCCIDENTE

La obra póstuma de Saint-Yves d´Alveydre titulada *Misión de la India,* que fue publicada en 1910 (1), contiene la descripción de un centro iniciático misterioso designado bajo el nombre de *Agarttha;* muchos lectores de este libro, por lo demás, debieron suponer que aquello no era más que un relato puramente imaginario, una suerte de ficción que no reposaba sobre nada real. En efecto, hay ahí, si se quiere tomar todo al pie de la letra, unas inverosimilitudes, que podrían, al menos para quien se atiene a las apariencias exteriores, justificar tal apreciación, y sin duda Saint-Yves había tenido buenas razones para no publicar él mismo esta obra, escrita desde hacía mucho tiempo, y que no estaba verdaderamente a punto. Hasta entonces, por otro lado, no se había apenas hecho mención en Europa del *Agarttha* y de su jefe, el *Brahmâtmâ,* sino por un escritor muy poco serio, Louis Jacolliot (2), del cual no es posible invocar la autoridad; pensamos, por nuestra parte, que éste había realmente oído hablar de esas cosas en el curso de su estancia en la India, pero las ha presentado, como todo el resto, a su manera eminentemente fabuladora. Pero se ha producido en 1924, un hecho nuevo y un poco inesperado: el libro titulado *Bestias, Hombres y Dioses,* en el cual Ferdinand Ossendowski cuenta las peripecias del viaje que hizo en 1920 y en 1921 a través del Asia central, encierra, sobre todo en su última parte, relatos casi idénticos a los de Saint-Yves; y el ruido formado alrededor de este libro proporciona, creemos, una ocasión favorable para romper al fin el silencio sobre esta cuestión del *Aghartta.*
Naturalmente, espíritus escépticos o malevolentes, no han dejado de acusar a Ossendowski de haber pura y simplemente plagiado a Saint-Yves, y de destacar, en apoyo de dicha alegación, todos los pasajes concordantes de las dos obras; hay efectivamente un buen número que presentan, hasta en los detalles, una similitud bastante sorprendente. Hay primero lo que podía parecer más inverosímil en Saint-Yves mismo, es decir, la afirmación de la existencia de un mundo subterráneo extendiendo sus ramificaciones por todas partes, bajo los continentes e incluso bajo los océanos y por el cual se establecen invisibles comunicaciones entre todas las regiones de la tierra; Ossendowski, por lo demás, no toma en cuenta esta afirmación, declarando incluso que no sabe qué pensar de ella, pero la atribuye a diversos personajes que encontró a lo largo de su viaje. Aparece también, en ciertos puntos más concretos, el pasaje donde el «Rey del Mundo» está representado ante la tumba de su predecesor, aquel donde se suscita la cuestión del origen de los gitanos, que habrían vivido antaño en *Agarttha (3)* y muchos otros más. Saint-Yves dice que hay momentos, durante la celebración subterránea de los «Misterios Cósmicos», en los cuales los viajeros que se encuentran en el desierto se detienen y donde los animales mismos permanecen silenciosos (4); Ossendowski asegura que él mismo ha asistido a uno de esos momentos de recogimiento general. Hay sobre todo, como extraña coincidencia, la historia de una isla, hoy desaparecida, en la que vivían hombres y animales extraordinarios: allí, Saint-Yves cita el resumen del periplo de Jámbulo por Diodoro de Sicilia, mientras que Ossendowski habla de un antiguo budista del Nepal y, sin embargo, sus descripciones no son muy distintas; si verdaderamente existen dos versiones precedentes de esta historia de fuentes tan alejadas una de otra, podría ser interesante recogerlas y compararlas con cuidado.
Hemos tenido que señalar todas estas comparaciones, pero tenemos que decir también que no nos convencen en absoluto de la autenticidad del plagio; nuestra intención, por otra parte, no es la de entrar aquí en una discusión que, en el fondo, no nos interesa demasiado. Independientemente de los testimonios que M. Ossendowski nos ha indicado él mismo, sabemos, por otras fuentes, que los relatos del género del que se trata son algo corriente en Mongolia y en toda el Asia central; y añadiremos, a continuación, que existe algo parecido en las tradiciones de casi todos los pueblos. Por otro lado, si Ossendowski copió en parte la *Misión de la India,* no vemos el porqué habría omitido, al efecto, ciertos pasajes, ni por qué habría cambiado la forma de ciertas palabras, escribiendo, por ejemplo, *Agharti* en lugar de *Agarttha,* lo que se explica al contrario muy bien si tuviese de fuente mongola las informaciones que Saint-Yves había obtenido de fuente hindú (pues sabemos que éste estuvo en relación con dos hindúes al menos) (5); más aún, no comprendemos por qué habría empleado, para designar al jefe de la jerarquía iniciática, el título de «Rey del Mundo» que no figura en ninguna parte en Saint-Yves. Incluso si admitiéramos ciertos plagios, no sería menos cierto que Ossendowski dice a veces cosas que no tienen equivalencia en la *Misión de la India,* y que son ciertamente las que él no ha podido inventar en todas sus partes, tanto más cuanto que, mucho más preocupado de política que de ideas y de doctrinas, e ignorando todo lo que concierne al esoterismo, ha sido manifiestamente incapaz de aprehender por sí mismo su valor exacto. Tal es, por ejemplo, la historia de una «piedra negra» enviada antaño por el «Rey del Mundo» al *Dalai Lama,* luego transportada a Urga, en Mongolia, y que desapareció hace alrededor de cien años (6); ahora bien, en numerosas tradiciones las «piedras negras» juegan un papel importante, desde la que era

el símbolo de Cibeles hasta la que está engastada en la *Kaabah* de La Meca (7). He aquí otro ejemplo: el *Bogdo-Khan* o «Buda Viviente», que reside en Urga, conserva, entre otras cosas preciosas, el anillo de Gengis Khan, sobre el cual está grabado una esvástica y una placa de cobre que lleva el sello del «Rey del Mundo»; parece que Ossendowski no haya podido ver más que el primero de estos dos objetos, pero le habría sido bastante difícil imaginar la existencia del segundo: ¿no habría sido más natural venirle a la mente hablar aquí de una placa de oro?

Estas breves observaciones preliminares son suficientes para lo que nos proponemos, pues pretendemos continuar absolutamente ajenos a toda polémica y a toda cuestión de personas; si citamos a Ossendowski e incluso a Saint-Yves es, únicamente, porque lo que han dicho puede servir de punto de partida para consideraciones que no tienen nada que ver con lo que se podría pensar de ambos, y cuyo alcance sobrepasa singularmente sus individualidades tanto como la nuestra, que, en este dominio, tampoco debe contar. No queremos librarnos, a propósito de sus obras, a una «crítica de textos» más o menos vana, sino aportar indicaciones que todavía no se han dado en parte alguna, que sepamos nosotros al menos, y que son susceptibles de ayudar en cierta medida para elucidar lo que Ossendowski llama el «misterio de los misterios» (8).

NOTAS:

(1). 2ª édición, 1949.

(2*). Les Fils de Dieu*, págs. 236, 263-267, 272; *Le Spiritisme dans le Monde*, págs.27-28.

(3). Hemos de decir a este respecto que la existencia de «pueblos en tribulación», de los cuales los gitanos son uno de los ejemplos más llamativos, es algo verdaderamente misterioso y que exigiría ser examinado con atención.

(4). El doctor Arturo Reghini nos ha hecho ver que esto podría tener cierta relación con el *timor panicus* de los antiguos; tal comparación nos parece, en efecto, muy verosímil.

(5). Los adversarios de M. Ossendowski han querido explicar el hecho mismo al pretender que había tenido entre manos una traducción rusa de la *Misión de la India,* traducción cuya existencia es más que problemática, ya que los herederos mismos de Saint-Yves lo ignoran completamente. También se ha reprochado a Ossendowski el escribir *Om,* mientras que Saint-Yves escribe *Aum;* ahora bien, si *Aum* es la representación del monosílabo sagrado descompuesto en sus elementos constitutivos, es sin embargo *Om* la transcripción correcta que corresponde a la pronunciación real, tal como existe tanto en la India como en el Tíbet y en Mongolia; este detalle es suficiente para poder apreciar la comptencia de ciertas críticas.

(6). Ossendowski, que no sabe que se trata de un aerolito, intenta explicar ciertos fenómenos, como la aparición de caracteres en su superficie, suponiendo que era una variedad de pizarra.

(7). Habría también una curiosa comparación que hacer con el *lapsit exillis,* piedra caída del cielo y en la cual aparecen unas inscripciones igualmente en ciertas circunstancias, que se identifica con el Grial en la versión de Wolfram von Eschenbach. Lo que hace al asunto todavía más singular, es que, según esta misma versión, el Grial fue finalmente transportado al «Reino del preste Juan», que algunos han querido asimilar a Mongolia, aunque por lo demás no puede aceptarse literalmente ninguna localización geográfica (cf. *L 'Ésotérisme de Dante,* ed. 1957, págs. *35-36,* y véase también más adelante).

(8). Nos hemos extrañado al saber recientemente que algunos pretendían hacer pasar el presente libro como un «testimonio» en favor de un personaje cuya existencia misma nos era totalmente desconocida en la época en la que lo escribimos; oponemos el más formal desmentido a toda afirmación de este género, de cualquier lado que pueda venir, pues para nosotros se trata exclusivamente de una exposición de ideas que pertenecen al simbolismo tradicional y que no tienen nada que ver absolutamente con personificaciones cualesquiera.

Capítulo II: REALEZA Y PONTIFICADO

El título de «Rey del Mundo», tomado en su acepción más elevada, la más completa y al mismo tiempo la más rigurosa, se aplica con propiedad a *Manú,* el Legislador primordial y universal, cuyo nombre se encuentra bajo formas diversas, entre un gran número de pueblos antiguos; acordémonos simplemente, a este respecto, del *Mina* o *Menes* de los egipcios, del *Menw* de los celtas y del *Minos* de los griegos (1). Este nombre, por otra parte, no designa en absoluto a un personaje histórico o más o menos legendario, lo que designa en realidad es un principio, la Inteligencia cósmica que refleja la luz espiritual pura y formula la Ley *(Dharma)* propia de las condiciones de nuestro mundo o de nuestro ciclo de existencia; y es al mismo tiempo el arquetipo del hombre considerado especialmente en tanto que ser pensante (en sánscrito *mânava).*

Por otro lado, lo que importa recordar aquí esencialmente es que ese principio, puede ser manifestado por un centro espiritual establecido en el mundo terrestre por una organización encargada de conservar íntegramente el depósito de la tradición sagrada, de origen «no humano» *(apaurushêya),* por la cual la sabiduría primordial se comunica a través de los tiempos a quienes son capaces de recibirla. El jefe de una organización así, representando en cierto modo a *Manú,* podrá llevar legítimamente su título y sus

atributos; e incluso, por el grado de conocimiento que debe haber alcanzado para ejercer su función, se le identifica realmente con el principio del que es como la expresión humana, y ante el cual su individualidad desaparece. Tal es el caso del *Agarttha,* si este centro ha recogido, como lo indica Saint-Yves, la herencia de la antigua dinastía solar *(Sûrya-vansha)* que se hallaba antiguamente en Ayodhyâ (2), y que hacía remontar su origen a *Vaivaswata,* el *Manú* del ciclo actual.
Saint-Yves, como ya hemos dicho, no considera sin embargo al jefe supremo del *Agarttha* como «Rey del Mundo»; él lo presenta como «Soberano Pontífice», y además le coloca a la cabeza de una «Iglesia Brahmánica», designación que procede de una concepción bastante occidentalizada (3). Aparte de esta última reserva, lo que él dice completa, en este sentido, lo que dice por su lado F. Ossendowski; parece que cada uno de ellos no haya visto más que el aspecto que respondía más directamente a sus tendencias y a sus preocupaciones dominantes, pues, a decir verdad, se trata aquí de un doble poder, al mismo tiempo sacerdotal y regio.
El carácter «pontifical», en el sentido más verdadero de la palabra, pertenece realmente y por excelencia al jefe de la jerarquía iniciática, y esto requiere una explicación: literalmente, el *Pontifex* es un «constructor de puentes», y este título romano es en cierto modo, por su origen, un título "masónico"; pero, simbólicamente, es aquel que cumple con la función de mediador, estableciendo la comunicación entre este mundo y los mundos superiores (4). A este respecto, el arco iris, el «puente celeste», es un símbolo natural del «pontificado», y todas las tradiciones le otorgan significados perfectamente concordantes: así, entre los Hebreos, es el signo de la Alianza de Dios con su pueblo; en China lo es de la unión del Cielo y de la Tierra; en Grecia representa a *Iris*, la «mensajera de los Dioses»; un poco por todas partes, entre los Escandinavos como entre los Persas y los Árabes, en África Central e incluso en ciertos pueblos de América del Norte, es el puente que une al mundo sensible con el suprasensible.
Por añadidura, la unión de los dos poderes, sacerdotal y real, estaba representado, entre los Latinos, por cierto aspecto del simbolismo de *Janus,* simbolismo extremadamente complejo y de múltiples significados; las llaves de oro y de plata simbolizaban, en la misma relación, las dos iniciaciones correspondientes (5).
Se trata, por emplear la terminología hindú, de la vía de los *Brahmanes* y de la de los *Kshatriyas;* pero, en la cúspide de la jerarquía, se está en el principio común de donde unos y otros sacan sus atribuciones respectivas, por consiguiente, más allá de sus diferencias, puesto que allí está la fuente de toda autoridad legítima, en cualquier terreno que se ejerza, los iniciados del *Agarttha* son *ativarna,* es decir, más allá de las castas (6).
Había en la Edad Media una expresión en la cual los dos aspectos complementarios de la autoridad se encontraban reunidos de una manera que es muy digna de destacar: se hablaba frecuentemente en esta época de una región misteriosa que se denominaba el «reino del Preste Juan» (7). Era la época en la que lo que podría designarse como «la cobertura externa» del centro en cuestión se hallaba formado, en buena parte, por los Nestorianos (o lo que se ha convenido en denominar así, con razón o sin ella) y los Sabeos (8); y precisamente estos últimos se daban a sí mismos el título de *Mendayyeh de Yahia,* es decir, «discípulos de Juan». A propósito de esto, podemos hacer enseguida otra observación: es al menos curioso que muchos grupos orientales de carácter muy cerrado, desde los Ismaelitas o discípulos del "Viejo de la Montaña» a los Drusos del Líbano, hayan tomado uniformemente, como las Órdenes de caballería occidentales, el título de "guardianes de la Tierra Santa". Lo que sigue hará sin duda comprender mejor lo que ello puede significar; parece que Saint-Yves haya encontrado una palabra muy precisa, tal vez más aún de lo que pensaba, cuando hablaba de los «Templarios del *Agarttha».* Para que nadie se extrañe por la expresión de «cobertura externa» que acabamos de emplear, añadiremos que hay que tener cuidado con el hecho de que la iniciación caballeresca era esencialmente una iniciación de *Kshatriyas;* ello explica, entre otras cosas, el papel preponderante que juega ahí el simbolismo del Amor (9).
Sea lo que fuere de estas últimas consideraciones, la idea de un personaje que es sacerdote y rey a la vez no es una idea muy corriente en Occidente, aunque se encuentre en el origen mismo del Cristianismo, representado de forma sorprendente por «los Reyes Magos»; incluso en la Edad Media, el poder supremo al menos, según las apariencias exteriores, estaba dividido entre el Papado y el Imperio (10). Tal separación puede considerarse como la señal de una organización incompleta por arriba, si así puede decirse, ya que no se ve que aparezca el principio común del que proceden y del que dependen regularmente los dos poderes; el verdadero poder supremo debía pues hallarse en otro lugar. En Oriente, el mantenimiento de tal separación en la cumbre misma de la jerarquía, es, al contrario, bastante excepcional, y apenas en ciertos conceptos búdicos es donde se encuentra algo de este género; queremos hacer alusión a la incompatibilidad afirmada entre la función de *Buda* y la de *Chakravartî* o «monarca universal» (11), cuando se dice que Shâkya-Muni tuvo en cierto momento que elegir entre una y otra.
Conviene añadir que el término *Chakravartî,* que no tiene especialmente nada de búdico, se aplica más bien, según los datos de la tradición hindú, a la función del *Manú* o de sus representantes: literalmente es el que hace girar la rueda, es decir, aquel que dirige el movimiento por sí mismo sin participar en él,

colocado en el centro de todas las cosas, o que es, según la expresión de Aristóteles, su «motor inmóvil» (12).
Llamamos muy particularmente la atención sobre esto: el centro de que se trata es el punto fijo que todas las tradiciones concuerdan en designar simbólicamente como el «Polo», pues alrededor de él es donde se efectúa la rotación del mundo, representado generalmente por la rueda, entre los celtas, caldeos e hindúes (13). Tal es el verdadero significado de la esvástica, este signo que se encuentra extendido en todas partes, desde el Extremo Oriente al Extremo Occidente (14), y que es esencialmente el «signo del Polo»; es aquí sin duda la primera vez, en la Europa moderna, que se da a conocer su significado real. Los sabios contemporáneos, en efecto, han intentado vanamente explicar este símbolo por las teorías más fantásticas; la mayor parte de ellos obsesionados por una especie de idea fija han querido ver, ahí como casi en todas partes, un signo exclusivamente «solar» (15), mientras que, si alguna vez se ha convertido en ello, no ha podido ser más que accidentalmente y de una forma desviada. Otros han estado más cerca de la verdad considerando la esvástica como el símbolo del movimiento; pero esta interpretación sin ser falsa, es muy insuficiente, pues no se trata de un movimiento cualquiera, sino de un movimiento de rotación que se realiza alrededor de un centro o de un eje inmutable; y este es el punto fijo que es, repetimos el elemento esencial con el que se relaciona el símbolo en cuestión (16).
Por lo que acabamos de decir, se puede ya comprender que el «Rey del Mundo» debe tener una función esencialmente ordenadora y reguladora (y se observará, no sin razón, que esta última expresión tiene la misma raíz que *rex* y *regere),* función que puede resumirse en una palabra como la de «equilibrio», o la de «armonía», lo que se traduce precisamente en sánscrito por el término *Dharma* (17): lo que entendemos por ello es el reflejo, en el mundo manifestado, de la inmutabilidad del Principio supremo. Se puede comprender también, por las mismas consideraciones, por qué el "Rey del Mundo" tiene por atributos fundamentales la "Justicia" y la "Paz", que no son más que las formas revestidas más especialmente por este equilibrio y esta armonía en el "mundo del hombre" (*mânava-loka*). Es una vez más un punto de la máxima importancia; y, además de su alcance general, lo señalamos para quienes se dejen llevar por ciertos temores quiméricos, de los que el libro mismo de Ossendowski contiene como un eco en sus últimas líneas.
NOTAS:
(1). Entre los griegos, *Minos* era a la vez el Legislador de los vivos y el Juez de los muertos; en la tradición hindú estas dos funciones pertenecen respectivamente a *Manú* y a *Yama,* pero además éstos están representados como hermanos gemelos, lo que indica que se trata del desdoblamiento de un principio único enfocado bajo dos aspectos diferentes.
(2). Esta sede de la «dinastía solar», si se la considera simbólicamente, puede ser relacionada con la «Ciudadela solar» de los Rosacruces, y sin duda también con la "Ciudad del Sol" de Campanella.
(3). Esta denominación de "Iglesia brahmánica", de hecho, únicamente se ha empleado en la India por la secta heterodoxa y moderna del *Brahma-Samâj,* nacida a comienzos del siglo XIX bajo influencias europeas y especialmente protestantes, dividida muy pronto en múltiples ramas rivales, y actualmente casi extinta. Es curioso notar que uno de los fundadores de esta secta fuese el abuelo del poeta Rabidranath Tagore.
(4). San Bernardo dice que el «Pontífice, tal como lo indica la etimología de su nombre, es una especie de puente entre Dios y el hombre» *(Tractatus de Moribus et Officio episcoporum,* III, 9). Existe en la India un término que es propio de los *Jainas* y que es el equivalente estricto del *Pontifex* latino: es la palabra *Tirthamkara,* literalmente, «el que hace un vado o un pasadizo»; el pasadizo del cual se trata es el camino de la Liberación *(Moksha).* Los *Tirthamkaras* son en número de veinticuatro, como los ancianos del Apocalipsis, que por otro lado constituyen también un Colegio pontifical.
(5). Desde otro punto de vista, esas llaves son, respectivamente, la de los "grandes Misterios" y la de los "pequeños misterios". En ciertas representaciones de *Janus,* los dos poderes, son simbolizados también por una llave y un cetro.
(6). Señalemos, respecto a esto, que la organización social de la Edad Media occidental parece haber sido calcada en principio de la institución de las castas: el clero correspondía a los *Brahmanes;* la nobleza, a los *Kshatriyas,* y el tercer estadio a los *Vaishyas,* y los siervos, a los *Shûdras.*
(7). Se trata especialmente de la cuestión del "preste Juan", por la época de San Luis, en los viajes de Carpin y de Rubruquis. Lo que complica las cosas, según algunos, es que ha habido hasta cuatro personajes llevando este título: en el Tíbet (o en el Pamir), en Mongolia, en la India y en Etiopía, teniendo además esta última palabra un sentido muy vago; pero es probable que no se trate más de diferentes representantes de un mismo poder. También se dice que Gengis-Khan quiso atacar el reino del preste Juan, pero que éste le rechazó desencadenando el rayo contra sus ejércitos. Finalmente, desde la época de las invasiones musulmanas, el preste Juan habría cesado de manifestarse y estaría representado exteriormente por el *Dalai-Lama.*
(8). Se han hallado en Asia Central, y particularmente en la región del Turquestán, unas cruces nestorianas que son exactamente similares en su forma a las cruces de caballería, y de las que algunas, además, llevan en su centro la figura de la esvástica. Por otra parte, hay que hacer notar que los

Nestorianos, cuyas relaciones con el Lamaísmo parecen incontestables, ejercieron una acción importante, aunque bastante enigmática, en los comienzos del Islam. Los Sabeos, por su parte, ejercieron una gran influencia en el mundo árabe durante el tiempo de los Califas de Bagdad. Así, se pretende que fuera entre ellos donde se refugiaran, después de una estancia en Persia, los últimos de los neoplatónicos.
(9). Hemos ya señalado esta particularidad en nuestro estudio sobre *El Esoterismo de Dante.*
(10). En la antigua Roma, por el contrario, el *Imperator* era al mismo tiempo, *Pontifex Maximus.* La teoría musulmana del Califato une también los dos poderes, al menos en cierta medida, así como la concepción extremo-oriental del *Wang* (ver *La Gran Tríada*, cap. XVII).
(11). Hemos anotado, por otro lado, la analogía existente entre la concepción del *Chakravarti* y la idea del Imperio en Dante, del que conviene mencionar aquí, a este respecto, el tratado *De Monarchia.*
(12). La tradición china emplea, en un sentido totalmente comparable, la expresión de «Invariable Medio». Hay que señalar que, según el simbolismo masónico, los Maestros se reúnen en la "Cámara del Medio".
(13). El símbolo celta de la rueda se ha conservado desde la Edad Media; se pueden encontrar numerosos ejemplos en las iglesias románicas, y el rosetón gótico mismo parece derivarse de ella, pues hay una relación cierta entre la rueda y las flores emblemáticas tales como la rosa en Occidente y el loto en Oriente.
(14). Este mismo signo no ha sido ajeno al hermetismo cristiano: hemos visto en el antiguo monasterio de los Carmelitas de Loudoun, símbolos bastante curiosos, que datan probablemente de la segunda mitad del siglo XV, y en los cuales la esvástica ocupa, con el signo del que hablaremos más tarde, uno de los lugares más importantes. Será bueno observar en esta ocasión, que los Carmelitas que han venido de Oriente, relacionan la fundación de su orden con Elías y con Pitágoras (como la Masonería, por su lado, se relaciona a su vez con Salomón y con el mismo Pitágoras, lo que constituye una similitud bastante notable), y que, además, algunos pretenden que tenían en la Edad Media una iniciación muy cercana a la de los Templarios, así como los religiosos de la Merced; se sabe que esta última orden ha dado su nombre a un grado de la Masonería escocesa, de lo cual hemos hablado largo y tendido en *El Esoterismo de Dante.*
(15). La misma observación se aplica especialmente a la rueda, de la que acabamos de indicar igualmente su verdadera significación.
(16). No citaremos más que como recordatorio la opinión, aun más fabuladora que todas las demás, que hace de la esvástica el esquema de un instrumento primitivo destinado a la producción del fuego; si este símbolo tiene a veces cierta relación con el fuego, ya que es claramente un emblema de *Agni,* es por muchas otras razones.
(17). La raíz *dhri* expresa esencialmente la idea de estabilidad; la forma *dhru,* que tiene el mismo sentido, es la raíz de *Dhruva,* nombre sánscrito de Polo y algunos lo relacionan con el nombre griego de la encina, *drus;* en latín, además, la misma palabra *robur* significa a la vez roble y fuerza o firmeza. Entre los Druidas (cuyo nombre debe tal vez leerse *dru-vid,* uniendo la fuerza y la sabiduría), así como en Dodona, el roble representaba «el Árbol del Mundo», símbolo del eje fijo que une los polos.
(18). Es preciso recordar aquí los textos bíblicos en los cuales la justicia y la paz se hallan estrechamente relacionadas: «*Justitia et Pax osculatae sunt*» (Salmo 84:11), «*Pax opus Justitiae*», etc.

Capítulo III: LA *SHEKINAH* Y *METATRÓN*

Ciertos espíritus timoratos, y cuya comprehensión se halla extrañamente limitada por ideas preconcebidas, se han asustado por la designación misma de «Rey del Mundo», que han relacionado enseguida con la del *Princeps hujus mundi*, del cual se trata en el Evangelio. Cae por su propio peso que tal asimilación es completamente errónea y desprovista de fundamento; podríamos, para rechazarla, limitarnos a destacar simplemente que este título de «Rey del Mundo» se aplica corrientemente a Dios mismo en hebreo y en árabe (1). Sin embargo, como puede dar pie a algunas observaciones interesantes, examinaremos con este propósito las teorías de la Kábala hebraica concernientes a los «intermediarios celestes» las cuales, por otra parte, tienen una relación muy directa con el objeto principal del presente estudio.
Los «intermediarios celestes» de los que se trata son la *Shekinah* y *Metatrón;* y diremos antes que nada que, en el sentido más general, la *Shekinah* es la «presencia real» de la Divinidad. Hay que señalar que los pasajes de la Escritura donde se la menciona muy especialmente son sobre todo aquellos donde se trata de la institución de un centro espiritual: la construcción del Tabernáculo, la edificación de los templos de Salomón y Zorobabel. Un centro como éste, constituido en condiciones regularmente definidas, debía ser en efecto el lugar de la manifestación divina, representado siempre como «Luz»; y es curioso señalar que la expresión de «lugar muy iluminado y muy regular», que la Masonería ha conservado, parece ser un recuerdo de la antigua ciencia sacerdotal que regía la construcción de los templos y que no era exclusiva de los judíos; más tarde volveremos sobre ello. No tenemos que entrar en el desarrollo de la teoría de las «influencias espirituales» (preferimos esta expresión a la palabra

«bendiciones» para traducir la hebrea *berakoth,* tanto más cuanto ahí está el sentido que ha guardado muy claramente en árabe la palabra *baraka);* pero, incluso limitándose a ver las cosas desde este único punto de vista, sería posible explicarse la palabra de Elías Levita, que M. Vulliaud cuenta en su obra sobre *La Kábala Judía:* «Los Maestros de la Kábala tienen en cuanto a esto grandes secretos. »

La *Shekinah* se presenta bajo aspectos múltiples, entre los cuales hay dos principales, uno interno y otro externo; ahora bien, hay además, en la tradición cristiana, una frase que designa tan claramente como es posible estos dos aspectos: *«Gloria* in excelsis Deo, et in terra *Pax* hominibus bonae voluntatis. » Las palabras *Gloria* y *Pax* se refieren, respectivamente, al aspecto interno, con relación al Principio, y al aspecto externo, en consonancia con el mundo manifestado; y, si se consideran así estas palabras, se puede comprender inmediatamente por qué son pronunciadas por los Ángeles *(Malakim)* para anunciar el nacimiento del «Dios con nosotros» o «en nosotros» *(Emmanuel).* También se podría, para el primer aspecto, recordar las teorías de los teólogos sobre la «luz de gloria» en y por la cual se opera la visión beatífica *(in excelsis);* y, en cuanto al segundo, encontramos aquí la «Paz», a la cual hicimos alusión anteriormente, y que en su sentido esotérico está indicada en todas partes como uno de los atributos fundamentales de los centros espirituales establecidos en este mundo *(in terra).* Por otro lado, el término árabe *Sakinah,* que evidentemente es idéntico al hebreo *Shekinah,* se traduce por «Gran Paz», lo que es el equivalente exacto de la *Pax Profunda* de los Rosacruces; y, de ese modo, se podría explicar, sin duda, lo que éstos entendían por el «Templo del Espíritu Santo», igual que se podría interpretar también, de una forma precisa, los numerosos textos evangélicos en los que se habla de la «Paz» (2), tanto más cuanto en «la tradición secreta que concierne a la *Shekinah* tendría alguna relación con la luz del Mesías». ¿Es sin intención que P. Vulliaud, cuando da esta última indicación (3), dice que se trata de la tradición «reservada a los que seguían el camino que llegaba al *Pardes»,* es decir, como lo veremos más tarde, al centro espiritual supremo?

Esto nos lleva aún a una observación relacionada: Vulliaud habla de un «misterio relativo al Jubileo» (4), lo que se relaciona en cierto sentido con la idea de «Paz», y, a propósito de esto, cita el texto del *Zohar* (III, *52 b):* «El río que sale del Edén lleva el nombre de *Iobel»,* así como el de Jeremías (XVII, 8): «Él extenderá sus raíces hacia el río», de donde resulta que la «idea central del Jubileo sea la remisión de todas las cosas a su estado original». Está claro que se trata de esta vuelta al «estado primordial» que consideran todas las tradiciones y en la cual hemos tenido la ocasión de insistir un poco en nuestro estudio sobre el *Esoterismo de Dante;* y cuando se añade que «el retorno de todas las cosas a su primer estado marcará la era mesiánica», los que hayan leído este estudio podrán recordar lo que allí dijimos sobre las relaciones del «Paraíso Terrestre» y de la «Jerusalén Celeste». Por otro lado, a decir verdad, lo que se trata en todo esto siempre es, en distintas fases de la manifestación cíclica, el *Pardes,* el centro de este mundo, que el simbolismo tradicional de todos los pueblos compara con el corazón, centro del ser, y «residencia divina» *(Brahma-pura* en la tradición hindú), así como el Tabernáculo que es su imagen y que, por esta razón, es llamado en hebreo *mishkan* o «habitación de Dios», palabra cuya raíz es la misma que la de *Shekinah.*

Desde otro punto de vista, la *Shekinah* es la síntesis de los *Sefiroth;* ahora bien, en el árbol sefirótico, la «columna de la derecha» es el lado de las Misericordia y la «columna de la izquierda» es el lado del Rigor (5); por consiguiente, debemos reencontrar estos dos aspectos en la *Shekinah,* y podemos observar inmediatamente, para relacionar esto con lo que precede, que, en cierto modo al menos, el Rigor se identifica con la Justicia, y la Misericordia, con la Paz (6).

«Si el hombre peca y se aleja de la *Shekinah,* cae bajo el poder de las potencias *(Sarim)* que dependen de la Severidad, y entonces a la *Shekinah* se la llama «mano de Rigor» (7), lo que recuerda inmediatamente al bien conocido símbolo de «la mano de Justicia»; pero al contrario, si el hombre se acerca a la *Shekinah* se libera, y la *Shekinah* es la «mano derecha» de Dios, es decir, que la «mano de Justicia» se convierte pues en la «mano bendita» (8). Son los misterios de la «Casa de la Justicia» *(Beith-Din),* que son una designación más del centro espiritual supremo (9); apenas es necesario señalar que los dos lados que acabamos de examinar son aquellos en los que se reparten los elegidos y los condenados en las representaciones cristianas del «Juicio Final». Igualmente se podría establecer una comparación con las dos vías que los Pitagóricos simbolizaban con la letra Y, y que representaba de una forma exotérica el mito de Hércules entre la Virtud y el Vicio; con las dos puertas celestial e infernal, que entre los Latinos estaban asociadas al simbolismo de *Janus;* con las dos fases cíclicas ascendente y descendente (10) que, entre los Hindúes, se relacionan igualmente con el simbolismo de *Ganesha* (11). En fin, es fácil comprender de ese modo lo que quieren decir verdaderamente expresiones como las de «intención recta» que volveremos a encontrar a continuación, y de «buena voluntad» («Pax hominibus *bonae voluntatis»,* y los que tienen un conocimiento de los distintos símbolos a los que acabamos de hacer alusión verán que no es sin razón que la fiesta de Navidad coincida con la época del solsticio de invierno), cuando se tiene el cuidado de dejar de lado todas las interpretaciones externas, filosóficas y morales a las que han dado lugar desde los estoicos hasta Kant.

«La Kábala da a la *Shekinah* un paredro que porta nombres idénticos a los suyos, que posee en consecuencia los mismos caracteres» (12), y que naturalmente tiene tantos aspectos diferentes como la misma

Shekinah; su nombre es *Metatrón,* y este apelativo es numéricamente equivalente al de *Shaddai* (13), «el Todopoderoso» (que se dice ser la denominación del Dios de Abraham). La etimología de la palabra *Metatrón* es muy incierta, entre las diversas hipótesis que han sido lanzadas a este respecto; una de las más interesantes es la que le hace derivar del *Mitra* caldeo, que significa lluvia, y que también tiene por su raíz cierta relación con la «luz». Si esto es así, no habría que creer que la similitud con el *Mitra* hindú y zoroastriano constituya una razón suficiente para admitir que haya ahí un préstamo del Judaísmo a doctrinas extranjeras, pues no es de una forma externa como conviene examinar las relaciones que existen entre las distintas tradiciones; y diremos otro tanto en lo que concierne al papel atribuido a la lluvia en casi todas las tradiciones, en tanto que símbolo del descenso de las «influencias espirituales» del Cielo sobre la Tierra. A propósito de esto, señalemos que la doctrina hebraica habla de un «rocío de Luz» que mana del «Árbol de la Vida» y por el cual debe operarse la resurrección de los muertos, así como de una "efusión de rocío" que representa la influencia celeste comunicándose a todos los mundos, lo que recuerda singularmente el simbolismo alquímico y rosacruciano.
«El término *Metatrón* comporta todas las acepciones de guardián, de Señor, de enviado, de mediador»; es el «autor de las teofanías en el mundo sensible» (14); es «el Ángel de la Faz» y también «el Príncipe del Mundo» *(Sâr ha-ôlam),* y por esta última designación puede verse que no nos hemos alejado mucho de nuestro tema. Para emplear el simbolismo tradicional que previamente hemos explicado, diremos de buena gana que, así como el jefe de la jerarquía iniciática es «el Polo Terrestre», *Metatrón* es el «Polo Celeste»; y éste tiene un reflejo en aquél, con el cual está en relación directa según el «Eje del Mundo».
«Su nombre es *Mikael,* el Gran Sacerdote que es holocausto y oblación ante Dios, y todo lo que los israelitas hacen en la tierra se realiza según los prototipos de lo que acontece en el mundo celestial. El Gran Pontífice aquí abajo lo simboliza *Mikael,* Príncipe de la Clemencia... En todos los pasajes donde la Escritura habla de la aparición de *Mikael,* se está tratando de la Gloria de la *Shekinah»(15).* Lo que aquí se ha dicho de los israelitas se puede decir igualmente de todos los pueblos poseedores de una tradición verdaderamente ortodoxa; con mayor motivo debe decirse de los representantes de la tradición primordial de la que las demás derivan y a la que están subordinadas; y esto se halla en relación con el simbolismo de la «Tierra Santa», imagen del mundo celeste, al cual ya hemos hecho alusión. Por otro lado, según lo que hemos dicho anteriormente, *Metatrón* no sólo tiene el aspecto de la Clemencia, sino también el de la Justicia; no es sólo el «Gran Sacerdote» *(Kohen hagadol),* sino también «el Gran Príncipe» *(Sâr ha-gadol)* y el «jefe de las milicias celestiales», es decir, que en él está el principio del poder real, tanto como el del poder sacerdotal o pontifical, al cual corresponde propiamente la función de «mediador». Es preciso señalar, además, que *Melek,* «Rey», y *Maleak,* «ángel» o «enviado», no son en realidad más que dos formas de una sola y misma palabra; además, *Malaki,* «mi enviado» (es decir, el enviado de Dios, o "el ángel en el cual está Dios", *Maleak ha-Elohim),* es el anagrama de *Mikael (16).*
Es conveniente añadir que, si *Mikael* se identifica con *Metatrón* como acabamos de ver, no representa, sin embargo, más que un aspecto; al lado de la cara luminosa hay una oscura, y ésta está representada por *Samael,* que es llamado igualmente *Sâr haôlam;* volvemos aquí al punto de partida de estas consideraciones. En efecto, es este último aspecto, y aquél solamente, lo que es «el genio de este mundo» en un sentido inferior, el *Princeps hujus mundi* del que habla el Evangelio; y sus relaciones con *Metatrón,* del cual es como la sombra, justifican el uso de una misma designación en un doble sentido, al mismo tiempo que hacen entender por qué razón el número apocalíptico 666, el «Número de la Bestia», es también un número solar (17). Por otra parte, según San Hipólito (18), «El Mesías y el Anticristo» tienen ambos por emblema el «León», que es una vez más un símbolo solar; y podría hacerse la misma observación de la serpiente (19) y de muchos otros símbolos; desde el punto de vista kabalístico se trata aquí de las dos caras opuestas de *Metatrón,* del que tratamos aquí; no tenemos que extendernos en las teorías que se podrían formular, de manera general, sobre este doble sentido de los símbolos, pero solamente diremos que la confusión entre el aspecto luminoso y el tenebroso constituye propiamente «el satanismo»; y es esta confusión, precisamente, la que cometen involuntariamente sin duda y por simple ignorancia (lo que es una excusa y no una justificación) quienes creen descubrir un significado infernal en la designación de «Rey del Mundo» (20).
NOTAS
(1). Hay, además, una gran diferencia de sentido entre «el Mundo» y «este mundo», hasta tal punto, que en ciertas lenguas existen para designarlos dos términos completamente distintos: así, en árabe, el «Mundo» es *el-âlam,* mientras que «este mundo» es *ed-dunyâ.*
(2). Está claramente explicitado, en el Evangelio mismo, que de lo que se trata no es la Paz en el sentido como lo entiende el mundo profano *(San Juan,* XIV, 27).
(3). *La Kabbale juive*, t. 1, p. 503.
(4). Ibid. , t. 1, pág. 506-507.
(5). Un simbolismo comparable está expresado en la figura medieval del «árbol de los vivos y de los muertos», que tiene, además, una relación muy clara con la idea de «posteridad espiritual»; es preciso señalar que el árbol sefirótico también está considerado como identificado con «el Árbol de la Vida».

(6). Según el *Talmud,* Dios tiene dos sedes, la de la Justicia y la de la Misericordia; estas dos sedes corresponden también al «Trono» y a la «Silla» de la tradición islámica. Esto divide, por otra parte, los nombres divinos *çifâtiyah,* es decir, quienes expresan unos atributos propiamente dichos de *Allah,* en «nombres de majestad» *(jalâliyah)* y «nombres de belleza» *(jamâliyah),* lo que responde una vez más a una distinción del mismo orden.
(7). *La Kabbale juive,* t. 1, p. *507.*
(8). Según San Agustín y diversos autores Padres de la Iglesia, la mano derecha representa del mismo modo a la Misericordia o a la Bondad, mientras que la mano izquierda, en Dios sobre todo, es el símbolo de la Justicia. La «mano de Justicia» es uno de los atributos corrientes de la realeza; la «mano bendita» es un signo de la autoridad sacerdotal, y ha sido tomado a veces como símbolo de Cristo. Esta figura de la «mano que bendice» se halla en ciertas monedas galas, del mismo modo que la esvástica, a veces con brazos curvos.
(9). Este centro, o uno cualquiera de los que están constituidos a su imagen, puede describirse simbólicamente a la vez como un templo (aspecto sacerdotal, correspondiente a la Paz) y como un palacio y un tribunal (aspecto real correspondiente a la Justicia).
(10). Se trata de las dos mitades del ciclo zodiacal, que se encuentra frecuentemente representado en la portada de las iglesias de la Edad Media con una disposición que le da manifiestamente el mismo significado.
(11). Todos los símbolos que enumeramos aquí exigirían ser largamente explicados; tal vez lo hagamos algún día en otro estudio.
(12). *La Kabbale juive,* t 1, pág. 497-498.
(13). El número de cada uno de estos nombres, obtenido por la suma de los valores de las letras hebraicas del que está formado, es 314.
(14). *La Kabbale juive,* t 1 pág. 492 y 499.
(15). *Ibid. ,* t. I, pág. *500-501.*
(16). Esta última observación recuerda naturalmente estas palabras:
«Benedictus qui venit in nomine Domini»; éstas son aplicadas al Cristo, que el pastor de Hermas asimila precisamente a *Mikael* de una manera que puede parecer bastante extraña, pero que no debe extrañar a quienes comprenden la relación que existe entre el Mesías y la *Shekinah.* Cristo también es llamado «Príncipe de Paz» y es al mismo tiempo "Juez de los vivos y de los muertos".
(17). Este número se forma con el nombre de *Sorath,* «demonio del Sol», y como tal opuesto al ángel *Mikael;* más adelante veremos otro significado.
(18). Citado por P. Vuliaud, *La Kabbale juive,* t. II, p. 373.
(19). Los dos aspectos opuestos están figurados especialmente por las dos serpientes del caduceo; en la iconografía cristiana están reunidas en la «amfisbena», la serpiente de dos cabezas, representando una a Cristo y otra a Satanás.
(20). Señalemos una vez más que el «Globo del Mundo», enseña del poder Imperial o de la monarquía universal, frecuentemente se encuentra colocado en la mano de Cristo, lo que muestra, además, que es el emblema de la autoridad espiritual tanto como el del poder temporal.

Capítulo IV: LAS TRES FUNCIONES SUPREMAS

Siguiendo a Saint-Yves, el jefe supremo de *Agarttha* lleva el título de *Brahâtmâ* (sería más correcto escribir *Brahmâtmâ)* «sostén de las almas en el espíritu de Dios»; sus dos asesores son el *Mahâtmâ,* «representante del Alma Universal» y el *Mahânga,* «símbolo de toda la organización material del cosmos» (1): es la división jerárquica que las doctrinas occidentales representan por el ternario «espíritu, alma, cuerpo», y que aquí se aplica según la analogía del Macrocosmos y del Microcosmos. Es importante distinguir que estos términos designan en sánscrito propiamente principios, y que no pueden aplicarse a seres humanos más que en tanto que ellos representen a estos mismos principios, de manera que, incluso en este caso, estén esencialmente ligados a estas funciones y no a individualidades. Según F. Ossendowski, el *Mahâtmâ* «conoce los acontecimientos del porvenir», y el *Mahânga* «dirige las causas de estos sucesos»; en cuanto al *Brahâtmâ,* puede «hablar a Dios cara a cara» (2), y es fácil comprender lo que eso quiere decir, si uno recuerda que él ocupa el punto central en donde se sitúa la comunicación directa del mundo terrestre con los estados superiores, y a través de éstos, con el Principio supremo (3). Por añadidura, la expresión de «Rey del Mundo», si se quiere entender en sentido restringido, y únicamente en relación con el mundo terrestre, sería bastante inadecuada; más exacto sería, en cierto sentido, aplicar al *Brahâtmâ* el de «Dueño de los tres mundos» (4), pues, en toda jerarquía verdadera, quien posee el grado superior tiene al mismo tiempo y del mismo modo todos los grados inferiores, y éstos tres mundos (que constituyen el *Tribhuvana* de la tradición hindú) son, como explicaremos más adelante, los dominios que corresponden, respectivamente, a las tres funciones que enumeraremos luego.

«Cuando él sale del templo, dice Ossendowski, el "Rey del Mundo" irradia luz divina.» La Biblia hebrea dice exactamente lo mismo de Moisés cuando descendía del Sinaí (5), y hay que señalar, a propósito de esta comparación, que la tradición islámica ve a Moisés como habiendo sido el «Polo» *(El-Qutb)* de su época; ¿no sería, por esta razón, por la que la Kábala dice que fue instruido por el mismo *Metatrón?* Una vez más convendría distinguir aquí entre el centro espiritual principal de nuestro mundo y los centros secundarios que pueden estarle subordinados, y que lo representan solamente con relación a tradiciones particulares adaptadas más especialmente a unos pueblos determinados. Sin extendernos sobre este punto, haremos notar que la función de «legislador» (en árabe *rasûl),* que es la de Moisés, supone necesariamente una delegación de poder que representa el nombre de *Manú;* y, por otra parte, uno de los significados contenidos en este nombre de *Manú* indica precisamente la reflexión de la Luz Divina.
«El Rey del Mundo, dice un lama a F. Ossendowski, está en relación con los pensamientos de todos los que dirigen el destino de la humanidad... Él conoce sus intenciones y sus ideas. Si ellas agradan a Dios, el "Rey del Mundo" les favorecerá con su ayuda invisible; si desagradan a Dios, el Rey provocará su fracaso. Este poder se ha dado a *Agharti* por la ciencia misteriosa de *Om,* palabra por la que comenzamos todas nuestras oraciones.» Inmediatamente después viene esta frase que, para todos los que tienen una vaga idea del significado del monosílabo sagrado *Om,* debe ser causa de estupefacción: *«Om* es el nombre de un antiguo Santo, el primero de los *Goros* (Ossendowski escribe *goro* por *gurú),* que vivió hace trescientos mil años.» Esta frase, en efecto, es absolutamente ininteligible si no se piensa en lo que sigue: la época de la que se trata, y que nos aparece indicada de una forma muy vaga, es muy anterior a la era del actual *Manú;* por otro lado, el *Adi-Manú* o primer *Manú* de nuestro *Kalpa (Vaivaswata* era el séptimo) se le llama *Swâyambhuva,* es decir, nacido de *Swayambhû,* «El que subsiste por sí mismo», o el *Logos* eterno; ahora bien, el *Logos,* o el que le representa directamente, puede ser en verdad designado como el primero de los *Gurús* o «Maestros Espirituales»; y, efectivamente, *Om* en realidad es un nombre del *Logos* (6).
Por otra parte, la palabra *Om* da la clave inmediatamente del reparto jerárquico de las funciones entre el *Brahâtmâ* y sus dos asesores, como ya lo hemos indicado. En efecto, según la tradición hindú, los tres elementos de este monosílabo sagrado simbolizan, respectivamente, los «tres mundos» a los que hacíamos referencia hace poco, los tres términos del *Tribhuvana:* la Tierra *(Bhû),* la atmósfera *(Bhuvas),* el cielo *(Swar)* o sea, en otras palabras, el mundo de la manifestación corporal, el mundo de la manifestación sutil o psíquica y el mundo principial no manifestado (7). Son éstos, yendo de abajo hacia arriba, los dominios propios de *Mahânga,* del *Mahâtmâ* y del *Brahâtmâ* como se puede ver fácilmente al referirse a la interpretación de sus títulos que hemos dado anteriormente; y son las relaciones de subordinación existentes entre estos diferentes dominios los que justifican, para el *Brahâtmâ,* el apelativo de «Maestro de los tres mundos» que anteriormente hemos utilizado (8): «Éste es el Señor de todas las cosas, el Omnisciente (quien inmediatamente ve todos los efectos en su causa), el ordenador interno (que reside en el centro del mundo y lo rige desde el interior, dirigiendo su movimiento sin participar en él), la fuente (de todo poder legítimo), el origen y el fin de todos los seres (de la manifestación cíclica de la cual representa la Ley) (9)» Para servirnos aún de otro simbolismo, no menos rigurosamente exacto, diremos que el *Mahânga* representa la base del triángulo iniciático y el *Brahâtmâ* su vértice; entre los dos, el *Mahâtmâ* encarna de algún modo un principio mediador (la vitalidad cósmica, el *Anima Mundi* de los hermetistas), cuya acción se desarrolla «en el espacio intermedio»; y todo esto está simbolizado claramente por los caracteres correspondientes del alfabeto sagrado que Saint-Yves llama *vattan* y F. Ossendowski *vattannan* o, lo que viene a ser lo mismo, por las formas geométricas (línea recta, espiral y punto) a las que remiten esencialmente los tres *mâtrâs* o elementos constitutivos del monosílabo *Om.*
Expliquémonos más claramente aún: al *Brahâtmâ* pertenece la plenitud de los dos poderes, el sacerdotal y el real, considerados principialmente y en cierto modo en el estado indiferenciado; estos dos poderes han de distinguirse luego para manifestarse, el *Mahâtmâ* que representa más concretamente al poder sacerdotal y el *Mahânga* al poder regio. Esta distinción corresponde a la de los *brahmanes* y de los *kshatriyas;* pero además estando «más allá de las castas», el *Mahâtmâ* y el *Mahânga* tienen en sí mismos, tanto como el *Brahâtmâ,* un carácter a la vez sacerdotal y real. Respecto a esto, precisaremos un punto que parece no haber sido nunca explicado de manera satisfactoria, y que sin embargo es muy importante: hacíamos alusión anteriormente a los «Reyes Magos» del Evangelio, como unificando en ellos los dos poderes; ahora diremos que estos personajes misteriosos no representan en realidad otra cosa que a los tres jefes del *Agarttha* (10). El *Mahânga* ofrece a Cristo el oro y le saluda como «Rey»: el *Mahâtmâ* le ofrece el incienso y le saluda como «Sacerdote»: y por último, el *Brahâtmâ* le ofrece la mirra (el bálsamo de incorruptibilidad, imagen del *Amritâ*) y le saluda como «Profeta» o Maestro Espiritual por excelencia. El homenaje así rendido al Cristo naciente, en los tres mundos que son sus dominios respectivos, por los representantes auténticos de la tradición primordial, es al mismo tiempo, observémoslo, el testimonio de la ortodoxia perfecta del Cristianismo con respecto a ésta.
Naturalmente, Ossendowski no podía de ningún modo considerar observaciones de este estilo; pero si hubiera comprendido ciertas cosas más profundamente de lo que lo hizo, habría podido al menos darse cuenta de la rigurosa analogía que existe entre el ternario supremo del *Agarttha* y el del Lamaísmo tal

como él lo indica: el *Dalai Lama,* «que realiza la santidad (o la pura espiritualidad) de *Buda»,* el *Tashi-Lama* «que realiza su ciencia» (no mágica como parece creerlo, sino más bien teúrgica) y el *Bogdo-Khan* «que representa su fuerza material y guerrera», es exactamente el mismo reparto según los «tres mundos». Habría podido hacer esta observación tanto más fácilmente cuanto que se le había indicado que «la capital de *Agharti* recuerda a Lhasa, donde el palacio del *Dalai Lama,* el *Potala,* se halla en la cima de una montaña recubierta de templos y de monasterios»; esta forma de explicar las cosas es además equivocada al invertir los informes, pues, en realidad, es por la imagen por lo que se puede decir que se recuerda su prototipo y no al contrario. Ahora bien, el centro del Lamaísmo no puede ser más que una imagen del verdadero «Centro del Mundo»; pero todos los centros de este género presentan, en cuanto a los lugares en los cuales están establecidos, ciertas particularidades topográficas comunes, pues estas particularidades, lejos de ser indiferentes, tienen un valor simbólico incuestionable y, además, deben estar en relación con las leyes según las cuales actúan las «influencias espirituales»; es ésta una cuestión que pone de relieve la ciencia tradicional a la cual se le puede dar el nombre de «geografía sagrada».
Todavía hay otra concordancia no menos importante: Saint-Yves, al describir los diversos grados o círculos de la jerarquia iniciatica, que están en relación con ciertos nombres simbólicos, y que se refieren especialmente a las divisiones del tiempo, termina diciendo que «el círculo más elevado y el más cercano del centro misterioso se compone de doce miembros, que representan la iniciación suprema y corresponden, entre otras cosas, a la zona zodiacal. Ahora bien, esta constitución se halla reproducida en lo que se llama el "Consejo circular" del *Dalai Lama,* formado por doce grandes *Namshans* (o *Nomekhans);* y se la encuentra también, además, hasta en ciertas tradiciones occidentales, especialmente las que conciernen a los «Caballeros de la Mesa Redonda». Añadiremos todavía que los doce miembros del círculo interior del *Agarttha,* desde el punto de vista del orden cósmico, no representan simplemente los doce signos del Zodíaco, sino también (incluso estaríamos tentados de decir «antes», aunque las dos interpretaciones no se excluyan), los doce *Adityas,* que son otras tantas formas del Sol, en relación con estos mismos signos zodiacales (12): y naturalmente, tal como a *Manú* se le llama «hijo del Sol», «el Rey del Mundo» también tiene el sol entre sus emblemas.
La primera conclusión que se desprende de todo ello es que hay verdaderamente lazos muy estrechos entre las descripciones que, en todos los países, se refieren a centros espirituales más o menos escondidos o al menos difícilmente accesibles. La única explicación plausible que pudiera dársele es que si estas descripciones se refieren a centros diferentes, como parece ser en ciertos casos, no son éstos por así decir más que emanaciones de un centro único y supremo, del mismo modo que todas las tradiciones particulares no son en suma más que adaptaciones de la gran tradición primitiva.
NOTAS
(1). Ossendowski escribe *Brahytma, Mahytma y Mahynga.*
(2). Hemos visto anteriormente que *Metatrón* es el «Ángel de la faz».
(3). Según la tradición extremo oriental, el «Invariable Medio» es el punto en que se manifiesta la «Actividad del Cielo».
(4). A quienes se extrañen de tal expresión, podríamos preguntar si no han reflexionado nunca sobre el significado del *triregnum,* la tiara de tres coronas que es, junto con las llaves, uno de los principales signos del papado.
(5). Se ha dicho también que Moisés debió cubrir su cara con un velo para hablar al pueblo que no podía soportar el resplandor *(Éxodo* 24: *29-35);* en un sentido simbólico esto indica la necesidad de una adaptación exotérica para la multitud. Recordemos, a propósito de esto, el doble significado de la palabra «revelar», que puede significar «apartar el velo», pero también «recubrir con un velo»; así es como la palabra manifiesta y vela a la vez el pensamiento que expresa.
(6). Este nombre se halla incluso, de manera bastante extraña, en el antiguo símbolo cristiano, donde, entre los signos que servían para representar a Cristo, se encuentra uno que ha sido considerado más tarde como una abreviación del *Ave Maria,* pero que originalmente fue un equivalente de aquel que reunía las dos extremas del alfabeto griego, *Alfa y Omega,* para significar que el Verbo es el principio y fin de todas las cosas; incluso es más completo en realidad, pues significa el principio, el medio y el fin. Este signo
se descompone efectivamente en AVM, o sea, las tres letras latinas que corresponden exactamente a los tres elementos *constitutivos* del monosílabo *Om* (la vocal *O,* en sánscrito, estaba formada por la unión de la *A* y de la *U).* La comparación de este signo *Aum* y de la esvástica*,* tomados uno y otro como símbolos de Cristo, nos parece particularmente significativo desde el punto de vista en el que nos situamos. Por otro lado, hay que señalar una vez más que la forma de este mismo signo presenta dos ternarios dispuestos en sentido inverso uno de otro, lo que hace de él, en ciertos aspectos, un equivalente del «sello de Salomón»: ✡

si se le considera bajo la forma en la cual el trazo horizontal del centro precisa el significado general del símbolo, marcando el plano de reflexión o «superficie de las Aguas», vemos que ambas figuras conllevan el mismo numero de líneas y en suma no se diferencian más que por la disposición de dos de éstas, que, horizontales en una figura, se hacen verticales en la otra.
(7). Para más amplios desarrollos sobre esta concepción de los tres mundos, nos vemos obligados a remitirnos a nuestras obras precedentes, *El Esoterismo de Dante y L 'Homme et son devenir selon le Vêdânta.* En el primero hemos insistido sobre todo en la correspondencia de estos mundos, que son propiamente estados del ser, con los grados de la iniciación. En el segundo, hemos dado especialmente una explicación completa, desde el punto de vista puramente metafísico del texto de la *Mândûkya Upanishad,* en el cual se expone completamente el simbolismo del que se trata aquí; lo que nosotros tenemos en perspectiva es una aplicación particular de él.
(8). En el orden de los principios universales, la función del *Brahâtmâ* se refiere a *Ishwara,* la del *Mahâtmâ* a *Hyranyagarbha, y* la del *Mahânga* a *Virâj;* sus respectivas atribuciones podrían deducirse de esta correlación.
(9). Mândûkya Upanishad, shruti 6.

(10). Saint-Yves dice que los tres «Reyes Magos» habían venido del *Agarttha,* pero sin dar ningún dato preciso respecto a esto. Los nombres que se les atribuyen corrientemente son sin duda caprichosos, exceptuando el que lleva *Melki-Or,* en hebreo «Rey de Luz» que es bastante significativo.
(11). La *Amrita* de los hindúes o la *Ambrosía* de los griegos (dos palabras etimológicamente idénticas), brebaje o alimento de inmortalidad, también estaba simbolizado especialmente por el *Soma* védico o el *Haoma* mazdeo. Los árboles de caucho o resinas incorruptibles juegan un papel importante en el simbolismo; en particular, se han tomado como emblemas de Cristo.
(12). Se dice que los *Adityas* (descendientes de *Aditi* o «el Invisible») fueron en primer lugar siete y después pasaron a ser doce y que su jefe era entonces *Varuna.* Los doce *Adityas* son: *Dhâtri, Mitra, Aryaman, Rudra, Varuna, Sûrya, Bhaga, Vivaswat, Pûshan, Savitri, Twashtri, Vishnu.* Son otras tantas manifestaciones de una esencia única e indivisible; y también se dice que estos doce soles aparecerán simultáneamente todos al final del ciclo, volviendo pues a la unidad esencial y primitiva de su naturaleza común. Entre los griegos, los doce dioses del Olimpo también están en correspondencia con los doce signos del Zodíaco.
(13). El símbolo al cual hacíamos alusión es exactamente el que la liturgia católica atribuye a Cristo cuando le aplica el título de *Sol Justitiae;* el Verbo es efectivamente el «Sol espiritual», es decir, el verdadero «Centro del Mundo»; y además esta expresión de *Sol Justitiae* se refiere directamente a los atributos de *Melki-Tsedeq.* Hay que observar también que el león, animal solar es en la antigüedad y en la Edad Media un emblema de la justicia y al mismo tiempo del poder; ahora bien, el signo del León es, en el Zodíaco, el domicilio propio del Sol. El Sol de doce rayos puede considerarse cómo representan los doce *Adityas;* desde otro punto de vista, si el Sol simboliza a Cristo, los doce rayos son los doce Apóstoles (la palabra *apóstolos* significa «enviado», y los rayos son también «enviados por el sol»). Se puede ver además en el número de los doce Apóstoles una señal, entre muchas otras, de la perfecta conformidad del Cristianismo con la tradición primordial.

Capítulo V: EL SIMBOLISMO DEL GRIAL

Hicimos alusión anteriormente a los «Caballeros de la Mesa (o Tabla) Redonda»; no estará fuera de lugar indicar aquí lo que significa la «búsqueda del Grial», que, en las leyendas de origen celta, se presenta como su función principal. En todas las tradiciones, se hace alusión a algo que, a partir de cierta época, se habría perdido u ocultado: como por ejemplo es el *Soma* de los hindúes o al *Haoma* de los persas, la «bebida de inmortalidad» que, precisamente, tiene una relación muy directa con el Grial, ya que éste es, se dice, la copa sagrada que contuvo la sangre de Cristo, la cual es también «bebida de inmortalidad». En otros lugares el simbolismo es diferente: así, entre los Judíos, lo que se ha perdido es la pronunciación del gran Nombre divino (1); pero la idea fundamental es siempre la misma, y más adelante veremos a qué corresponde exactamente.
El Santo Grial es, se dice, la copa que se utilizó en la Cena, y en la que José de Arimatea recogiera posteriormente la sangre y el agua que salían de la herida abierta en el costado de Cristo por la lanza del centurión Longinos (2). Esta copa habría sido, según la leyenda, transportada a Gran Bretaña por José de Arimatea en persona y por Nicodemo (3); es preciso ver en ello la indicación de un lazo establecido entre la tradición celta y el Cristianismo. La copa, en efecto, juega un papel muy importante en las tradiciones antiguas, y sin duda lo era igualmente entre los celtas. Incluso hay que señalar que se la asocia frecuentemente con la lanza, siendo estos dos símbolos de alguna forma complementarios el uno del otro; pero esto nos alejaría de nuestro tema (4).

Tal vez lo que muestre muy claramente el significado esencial del Grial es aquello que se dice de su origen: esta copa había sido tallada por los ángeles a partir de una esmeralda caída de la frente de Lucifer en el momento de su caída (5). Esta esmeralda recuerda de una forma muy llamativa a la *ûrna,* la perla frontal que, en el simbolismo hindú (de donde ha pasado al budismo), ocupa a menudo el sitio del tercer ojo de *Shiva,* representando lo que se podría llamar el «sentido de eternidad», tal como lo hemos explicado en otro lugar (6). Por lo demás se dice más tarde que el Grial fue confiado a Adán en el Paraíso Terrestre, pero que en el momento de su caída, Adán lo perdió a su vez, pues no pudo llevarlo con él cuando fue expulsado del Edén; y con el significado que acaba de dar ello resulta muy claro. En efecto, el hombre separado de su centro original se encontraba desde entonces encerrado en la esfera temporal; ya no podía encontrar el punto único donde todas las cosas se contemplan bajo el aspecto de la eternidad. En otros términos, la posesión del sentido de la eternidad está ligada a lo que todas las tradiciones denominan, como lo hemos recordado anteriormente, como el «estado primordial» cuya restauración constituye el primer estadio de la verdadera iniciación, siendo condición previa a la conquista real de los estados «suprahumanos» (7). El Paraíso terrestre representa, además, propiamente «el Centro del Mundo»; y lo que a continuación vamos a decir sobre el sentido original de la palabra *Paraíso* podrá hacerlo comprender mejor aún.
Lo que sigue puede parecer más enigmático: *Seth* logró entrar en el Paraíso terrestre y así pudo recuperar el precioso vaso; ahora bien, el nombre de *Seth* expresa las ideas de fundamento y de estabilidad y en consecuencia indica de alguna manera la restauración del orden primordial destruido por la caída del hombre (8). Se debe comprender, por consiguiente, que Seth y los que tras él poseyeron el Grial pudieron establecer de ese modo un centro espiritual destinado a reemplazar al Paraíso perdido, que venía a ser como una imagen de éste y en ese caso esta posesión del Grial representa la conservación íntegra de la tradición primordial en dicho centro espiritual. La leyenda, además, no dice dónde ni por quién el Grial fue conservado hasta la época de Cristo; pero el origen celta que se le conoce da a entender sin duda que los Druidas tuvieron una parte en ello y deben contarse entre los mantenedores formales de la tradición primordial.
La pérdida del Grial, o de algunos equivalentes simbólicos, es en suma la pérdida de la tradición con todo lo que ésta conlleva; además, a decir verdad, está más bien oculta que perdida, o al menos. no puede haberse perdido más que para centros secundarios al cesar éstos de estar en relación directa con el centro supremo. En cuanto a este último, siempre guarda intacto el depósito de la tradición y no está afectado por los cambios que sobrevienen en el mundo exterior; de modo que, siguiendo a diversos padres de la Iglesia y especialmente a San Agustín, el diluvio no pudo alcanzar al Paraíso terrenal, que es «la morada de Henoch y la Tierra de los Santos» (9) y cuya cumbre toca la esfera lunar, es decir, se halla más allá de la influencia del cambio (identificado con el «mundo sublunar»), en el punto de comunicación de la Tierra y de los Cielos (10). Pero, lo mismo que el Paraíso terrenal se vuelve inaccesible, el centro supremo, que es en el fondo lo mismo, puede, en el curso de un cierto período, no manifestarse exteriormente, y entonces se puede decir que la tradición se ha perdido para el conjunto de la humanidad, pues no se conserva más que en centros rigurosamente cerrados, y la masa de los hombres no participa ya en ella de una forma consciente y efectiva, contrariamente a lo que sucedió en el estado original (11). Tal es precisamente la condición de la época presente, cuyo comienzo se remonta más allá de lo que es accesible a la historia ordinaria y «profana». La pérdida de la tradición puede pues, según los casos, entenderse en sentido general, o relacionarse al oscurecimiento del centro espiritual que regía más o menos visiblemente los destinos de un pueblo particular o de una civilización determinada; es preciso pues, cada vez que se encuentra un simbolismo que se relacione con ello, examinar si debe interpretarse en uno u otro sentido.
Según lo que acabamos de decir, el Grial representa al mismo tiempo dos cosas que están estrechamente unidas entre sí; la que posee integralmente la «tradición primordial», que se ha elevado al grado de conocimiento efectivo que implica esencialmente esta posesión, es en efecto, de ese modo, reintegrado en la plenitud de ese «estado primordial». Con estas dos cosas, «estado primordial» y «tradición primordial», se relaciona el doble sentido que está inherente a la misma palabra *Grial,* pues por una de estas asimilaciones verbales que a menudo juegan en el simbolismo un papel nada desdeñable, y que además tienen razones mucho más profundas de lo que a primera vista uno se imaginaría, el Grial es a la vez una copa *(grasale)* y un libro *(gradale* o *graduale);* este último aspecto designa abiertamente la tradición, mientras que la otra se refiere más directamente al estado mismo (12).
No tenemos la intención de entrar aquí en detalles secundarios de la leyenda del Santo Grial, aunque todos ellos tengan un valor simbólico, ni tampoco la de seguir la historia de los «Caballeros de la Mesa Redonda» ni de sus hazañas; solamente recordaremos que la «Mesa Redonda», construida por el rey Arturo (13) con los planos de Merlín, estaba destinada a recibir al Grial cuando uno de los Caballeros hubiese logrado conquistarlo y lo hubiera traído de Gran Bretaña a Armórica. Esta Mesa (o Tabla) es todavía un símbolo muy antiguo, uno de los que estuvieron siempre relacionados con la idea de los Centros espirituales, conservadores de la tradición, la forma circular de la Mesa está ligada formalmente

al ciclo zodiacal por la presencia a su alrededor de doce personajes principales (14), particularidad que, como lo dijimos anteriormente, se encuentra en la constitución de todos los centros de los que se trata.
Hay todavía un símbolo que se relaciona con otro aspecto de la leyenda del Grial, y que merece una atención especial: es el de *Montsalvat* (literalmente «Monte de la Salvación»), el pico situado «en los bordes lejanos al que ningún mortal se acerca», representado como erigiéndose en medio del mar, en una región inaccesible y tras la cual sale el sol. Es a la vez la «Isla Sagrada» y la «Montaña Polar», dos símbolos equivalentes de los que tendremos que hablar más adelante en este estudio; es la «Tierra de inmortalidad», la que se identifica naturalmente con el Paraíso terrenal (15).
Para volver al Grial mismo, es fácil darse cuenta que su significado primario es en el fondo el mismo que tiene generalmente el vaso sagrado en cualquier lugar donde se encuentre, y que en Oriente tiene, especialmente, la Copa Sacrificial que contiene, originariamente, como lo indicábamos anteriormente, el *Soma* védico o el *Haoma* mazdeo, es decir, la «bebida de inmortalidad», que confiere o restituye, a los que la reciben con la disposición requerida, el «sentido de eternidad». No podríamos, sin salirnos de nuestro tema, extendernos más sobre el simbolismo de la copa y de lo que ella contiene; sería preciso para desarrollarlo convenientemente el dedicarle un estudio especial, pero la observación que acabamos de hacer va a conducirnos a otras consideraciones que son de la mayor importancia para lo que nos proponemos en este momento.
NOTAS
(1). Recordaremos también, en este sentido, la "Palabra perdida" de la Masonería, que simboliza igualmente los secretos de la iniciación verdadera; la «búsqueda de la Palabra perdida» no es pues más que otra forma de la "búsqueda del Grial". Esto justifica la relación señalada por el historiador Henri Martin entre la «*Massenie* del Santo Grial» y la Masonería (véase *L 'Ésotérisme de Dante,* ed. *1957, pág. 35-36);* y las explicaciones que damos aquí permitirán comprender lo que decíamos, acerca de la estrecha conexión que existe entre el simbolismo del *Grial* y el «centro común» de todas las organizaciones iniciáticas.
(2). Este nombre de *Longinos* se parece al nombre de lanza, en griego *logké* (que se pronuncia *lonké);* la latina *lancea* tiene la misma raíz.
(3). Estos dos personajes representan, respectivamente, aquí el poder real y el sacerdotal; sucede lo mismo con Arturo y con Merlin en la institución de la «Mesa Redonda».
(4). Diremos solamente que el simbolismo de la lanza está relacionado a menudo con el «Eje del Mundo»; en este sentido, la sangre que gotea de la lanza tiene el mismo significado que ese aluvión que emana del «Árbol de la Vida»; además, se sabe que todas las tradiciones restantes son unánimes al afirmar que el principio vital está íntimamente ligado a la sangre.
(5). Algunos dicen que una esmeralda caída de la corona de Lucifer, pero hay en ello una confusión que proviene de lo que era Lucifer antes de su caída, «el Ángel de la corona» (es decir, de *Kether;* la primera *Sephirah),* en hebreo *Hakathriel,* nombre que además tiene por número el 666.
(6). *L'Homme et son devenir selon le Vêdânta,* p. 150.
(7). Sobre este «estado primordial» o «estado edénico», véase *L 'Ésotérisme de Dante,* ed. *1957, pág.* 46-48 y 68-70; *L 'Homme et son devenir selon le Vêdânta,* p. 182.
(8). Se dice que *Seth* vivió durante cuarenta años en el Paraíso terrenal; este número cuarenta tiene también un sentido de reconciliación o de vuelta al principio. Los períodos medidos por este número se hallan en la tradición judeo-cristiana: acordémonos de los cuarenta días del diluvio, los cuarenta años durante los cuales los israelitas vagaron por el desierto, los cuarenta días que Moisés pasó en el Sinaí, los cuarenta días de ayuno de Cristo (la Cuaresma tiene naturalmente el mismo significado); y sin duda se podrían hallar algunos más.
(9). «Y Henoch marchó con Dios, y ya no apareció (en el mundo visible o exterior), pues Dios le arrebató» *(Génesis,* 25:24). Habría sido entonces transportado al Paraíso terrenal; es lo que piensan también algunos teólogos como Tostat y Cajetan. Sobre la «Tierra de los Santos» o «Tierra de los Vivientes», véase lo que se dirá más adelante.
(10). Esto está de acuerdo con el simbolismo empleado por Dante, situando el Paraíso terrenal en la cima de la montaña del Purgatorio, que en él se identifica con la «montaña polar de todas las tradiciones».
(11). La tradición hindú enseña que no había en el origen más que una sola casta, que se llamaba *Hamsa;* eso significa que todos los hombres poseían normal y espontáneamente el grado espiritual que se designa por este nombre, y que está más allá de la distinción de las cuatro castas actuales.
(12). En ciertas versiones de la leyenda del Santo Grial, los dos sentidos se encuentran estrechamente unidos, pues el libro se convierte en una inscripción trazada por Cristo o por un Ángel en la copa misma. Habría allí unas comparaciones fáciles de hacer con el «Libro de la Vida» y con ciertos elementos del simbolismo apocalíptico.
(13). El nombre de *Arturo* tiene un sentido muy importante, que se relaciona con el simbolismo «polar», el que explicaremos tal vez en otra ocasión.

(14). Los «Caballeros de la Mesa Redonda» a veces son en número de cincuenta (que entre los hebreos era el número del Jubileo, y que se relaciona también con el reino del Espíritu Santo), pero incluso entonces, hay doce que desempeñan un papel preponderante. Recordemos también, a propósito de esto, los doce pares de Carlomagno en otros relatos legendarios de la Edad Media.
(15). La similitud de *Montsalvat* con *Mêru* nos ha sido indicada por los hindúes, y es lo que nos ha llevado a examinar más de cerca el significado de la leyenda occidental del Grial.

Capítulo VI: MELKI-TSEDEQ

Se dice en las tradiciones orientales que el *Soma,* en cierta época, devino desconocido, de manera que fue preciso, en los ritos sacrificiales, sustituirlo por otra bebida que no era más que una figura de este *Soma* primitivo (1); este papel fue jugado principalmente por el vino, y a ello se refiere, entre los griegos, una gran parte de la leyenda de *Dionisios (2).* Ahora bien, el vino a menudo se toma para representar a la verdadera tradición iniciática: en hebreo, las palabras *iaïn* (vino) y *sod* (misterio) son intercambiables entre ellas como teniendo el mismo número (3); entre los Sufíes*,* el vino simboliza el conocimiento esotérico, la doctrina reservada a la élite y que no conviene a todos los hombres, lo mismo que no todos pueden beber el vino impunemente. Resulta de ahí que el empleo del vino en un rito confiere a éste un carácter claramente iniciático; tal es, especialmente, el caso del «sacrificio eucarístico» de Melquisedec (4), y ahí está el punto esencial en el cual debemos detenernos ahora.
El nombre de Melquisedec, o más exactamente *Melki-Tsedeq,* no es otra cosa que el nombre bajo el cual la función misma del «Rey del Mundo» se halla designada expresamente en la tradición judeo-cristiana. Hemos dudado un poco en formular este hecho, que comporta la explicación de uno de los más enigmáticos pasajes de la Biblia hebrea, pero desde el momento que nos decidimos a tratar esta cuestión del «Rey del Mundo» nos era verdaderamente imposible no hablar de ello. Podríamos retomar aquí la palabra pronunciada por San Pablo respecto a esto: «Acerca de esto tenemos mucho que decir, y cosas difíciles de explicar, porque sois lentos en entender (5)».
He aquí en primer lugar el texto mismo del pasaje bíblico de que se trata: «y *Melki-Tsedeq,* rey de *Salem,* hizo traer el pan y el vino; y era sacerdote del Dios Altísimo *(el Élion)* y bendijo a *Abram (*6), diciendo: «Bendito sea Abram por el Dios Altísimo, dueño de los Cielos y de la Tierra; y bendito sea el Dios Altísimo que te ha entregado a tus enemigos en tu mano. Y Abram le dio el diezmo de todo lo que había tomado (7)».
Melki-Tsedeq, es pues rey y sacerdote a la vez; su nombre significa «Rey de Justicia» y es al mismo tiempo rey de *Salem,* es decir, de la «Paz»; reencontramos pues aquí, ante todo, la Justicia y la Paz, es decir, precisamente los dos atributos fundamentales del «Rey del Mundo». Hay que observar que la palabra *Salem,* contrariamente a la opinión general, no ha designado nunca en realidad una ciudad, pero que si se la toma por el nombre simbólico de la residencia de *Melki-Tsedeq,* puede verse como un equivalente del término *Agarttha.* En todo caso es un error ver en ello el nombre primitivo de Jerusalem, pues este nombre era *Jébus,* o sea, al contrario; si el nombre de Jerusalem se dio a esta ciudad cuando se estableció allí un templo espiritual por los hebreos, es para indicar que era desde entonces como una imagen visible de la verdadera *Salem;* y hay que notar que el Templo fue edificado por Salomón cuyo nombre *(Shlomoh)* también deriva de *Salem,* que significa el «Pacífico» (8).
He aquí ahora en qué términos San Pablo comenta lo que se ha dicho de *Melki-Tsedeq:* «este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote de Dios Altísimo, que salió al encuentro de Abraham cuando él volvía de derrotar a los reyes, que le bendijo, y a quien Abraham dio el diezmo de todo el botín; que es primeramente según el significado de su nombre, Rey de Justicia, luego Rey de Salem, es decir, Rey de Paz; que no tiene ni padre ni madre, sin genealogía, que no tuvo ni principio ni fin de su vida, pero que se ha hecho así semejante al Hijo de Dios; este Melquisedec permanece sacerdote a perpetuidad» (9).
Ahora bien, *Melquisedec* es representado como superior a Abraham, ya que le bendijo, y «sin discusión alguna es el inferior, el que resulta ser bendecido por el superior (10)»; y, por su parte, Abraham reconoció esta superioridad, ya que le dio el diezmo, lo que es señal de su dependencia. Hay en ello una verdadera "investidura" casi en el sentido feudal de esta palabra, pero con la diferencia de que se trata de una investidura espiritual; y podemos añadir que ahí se halla el punto de unión de la tradición hebrea con la gran tradición primordial. La «bendición» de la que se habla es propiamente la comunicación de una «influencia espiritual» en la que Abraham va a participar de ahora en adelante; y se puede observar que la fórmula empleada pone a Abraham en relación con el «Dios Altísimo», que el mismo Abraham invoca luego identificándolo con *Jehováh.* Si *Melki-Tsedeq* es así superior a Abraham, es que el «Altísimo» *(Élion),* que es el Dios de *Melki-Tsedeq,* es él mismo superior al "Todopoderoso" *(Shaddai),* que es el Dios de Abraham, o, en otras palabras, que el primero de estos nombres representa un aspecto divino más elevado que el segundo. Por otra parte, lo que es sumamente importante y lo que

parece no haber sido señalado nunca, es que *El Elion* es el equivalente de *Emmanuel,* estos dos nombres teniendo exactamente el mismo número (12); y esto vincula directamente la historia de *Melki-Tsedeq* con la de los Reyes Magos, de los que anteriormente hemos explicado el significado. Además, se puede ver lo siguiente: el sacerdocio de *Melki-Tsedeq* es el sacerdocio de *El Elion:* el sacerdocio cristiano es el de *Emmanuel;* si por tanto, *El Elion* es *Emmanuel,* estos dos sacerdocios no son más que uno y el sacerdocio cristiano, que además contiene esencialmente la ofrenda eucarística del pan y del vino, es verdaderamente "según el Orden de Melquisedec" (13).
La tradición judeo-cristiana distingue dos sacerdocios, uno «según el orden de Aarón» y el otro «según el orden de Melquisedec», y éste es superior a aquél como Melquisedec mismo es superior a Abraham, del cual ha nacido la tribu de Leví y, en consecuencia, la familia de Aarón (14). Esta superioridad es afirmada por San Pablo, cuando dice: «Leví mismo, que recibió el diezmo (por el pueblo de Israel) lo ha pagado, por decirlo así en Abraham (15)». No tenemos que extendernos más aquí sobre el significado de estos dos sacerdocios, pero citaremos una vez más estas palabras de San Pablo: «Aquí (en el sacerdocio levítico), son los hombres mortales los que perciben los diezmos, pero allí es un hombre del que se atestigua de que está vivo (16)» Este hombre viviente, que es *Melki-Tsedeq,* es el *Manú* que mora «perpetuamente» (en hebreo *le-ôlam),* es decir, para toda la duración de su ciclo *(Manvantara)* o del mundo que él rige especialmente. Por ello es sin genealogía, pues su origen es "no-humano" puesto que es él mismo el prototipo del hombre, y es realmente «hecho semejante» al Hijo de Dios, ya que la Ley que él formula es, para este mundo, la expresión y la imagen misma del Verbo divino (17).
Hay que hacer aún otras consideraciones y primero ésta: en la narración de los «Reyes Magos» vemos a tres personajes distintos, que son los tres jefes de la jerarquía iniciática; en la de *Melki-Tsedeq,* no vemos más que uno solo, pero que puede unir en él unos aspectos que corresponden a las tres funciones. Es así cómo algunos han diferenciado *Adoni-Tsedek,* «el Señor de Justicia», que se desdobla de alguna forma en *Kohen-Tsedek,* «el Sacerdote de Justicia», y *Melki-Tsedeq,* «el Rey de Justicia»; estos tres aspectos pueden considerarse como relacionados, respectivamente, con las funciones de *Brahâtmâ,* del *Mahâtmâ* y *Mahânga (18).* Aunque *Melki-Tsedeq* no sea más que el nombre del tercer aspecto, se aplica comúnmente por extensión al conjunto de los tres y, si se aplica así con preferencia a los otros, es porque la función que expresa es la más cercana al mundo exterior, por consiguiente la que se manifiesta más inmediatamente. Por lo demás, se puede notar cómo la expresión de «Rey del Mundo», tanto como la de «Rey de Justicia», no hace alusión directamente más que al poder regio; y por otra parte, en la India se halla también la designación *Dharma-Râja,* que es equivalente literalmente a la de *Melki-Tsedeq (19).*
Si ahora tomamos el nombre de *Melki-Tsedeq* en su sentido más estricto, los atributos propios del «Rey de Justicia» son la balanza y la espada; y estos atributos son también los de *Mikael,* considerado como el «Ángel del Juicio» (20). Estos dos emblemas representan, respectivamente, en el orden social, las dos funciones administrativa y militar, que pertenecen propiamente a los *Kshatriyas,* y que son los dos elementos constitutivos del poder real, como también jeroglíficamente los dos caracteres que forman la raíz hebrea y árabe *haq* y que significa a la vez "Justicia" y "Verdad" (21), y que entre diversos pueblos antiguos ha servido para designar a la realeza (22). *Haq* es la potencia que hace reinar la Justicia, es decir, el equilibrio simbolizado por la balanza, mientras que la potencia misma lo es por la espada (23), y ella es lo que caracteriza la función esencial del poder real; y, por otra parte, es también, en el orden espiritual, la fuerza de la Verdad. Además, es preciso añadir que existe también una forma suavizada de esta raíz *haq,* obtenida por la sustitución del signo de la fuerza material por el de la de la fuerza espiritual; y esta forma *hak* designa con propiedad la «Sabiduría» (en hebreo *hokmah),* de manera que conviene más especialmente a la autoridad sacerdotal, como la otra al poder real. Esto está confirmado una vez más por el hecho de que las dos formas correspondientes se reencuentran, con sentidos similares, en la raíz *kan,* que, en lenguas muy diversas, significa «poder» o «potencia» y también «conocimiento»(24): *kan* es sobre todo el poder espiritual o intelectual, idéntico a la «Sabiduría» (de donde *kohen,* en hebreo, «sacerdote»), y *qan* es el poder material (de donde diferentes palabras que expresan la idea de «posesión» y especialmente el nombre de Caín (*25).* Estas raíces y sus derivadas podrían sin duda dar lugar otra vez a muchas más consideraciones; pero debemos limitarnos a lo que más directamente se relaciona con el tema del presente estudio.
Para completar lo que precede, volveremos a lo que la Kábala hebrea dice de la *Shekinah:* ésta está representada en el «mundo inferior» por el último de los diez *Sephiroths,* llamado *Malkuth,* es decir, «el Reino», designación que es bastante digna de mención desde el punto de vista del que nos colocamos aquí; pero aún hay más, entre los sinónimos que a veces se dan a *Malkuth* se encuentra *Tsedeq,* el «Justo» (26). Esta comparación de *Malkuth* y de *Tsedeq,* o de la Realeza (el gobierno del Mundo) y de la Justicia, se encuentra precisamente en el nombre de *Melki-Tsedeq.* Aquí, se trata de la justicia distributiva y propiamente equilibrante, en «la columna del medio» del Árbol sefirótico; hay que distinguirla de la Justicia opuesta a la misericordia e identificada con el Rigor, en la «columna izquierda», pues son dos aspectos diferentes (y además, en hebreo hay dos palabras para designarlos: la primera es *Tsedaqah,* y la segunda es *Din).* El primero de estos aspectos es la justicia en su sentido más estricto y

el más completo a la vez, que esencialmente implica la idea de equilibrio o armonía, y ligada indisolublemente a la Paz. *Malkuth* es el «recipiente donde se reúnen las aguas que vienen del río de arriba, es decir, todas las emanaciones (gracias o influencias espirituales) que derraman abundancia (27). Las aguas que descienden de este «río de arriba» recuerdan extrañamente el papel atribuido al río celestial *Ganga* en la tradición hindú, y podríamos también subrayar que *Shakti,* del que *Ganga* es un aspecto, no deja de ofrecer ciertas analogías con la *Shekinah,* aunque no fuera más que en razón de la función «providencial» que les es común. El recipiente de las aguas celestes es idéntico al centro espiritual de nuestro mundo: de ahí parten los cuatro ríos del *Pardes,* que se dirigen hacia los cuatro puntos cardinales. Para los Judíos este centro espiritual se identifica con el monte de Sión, al cual dan el nombre de «Corazón del Mundo», por otro lado común a todas las «Tierras Santas», y que, para ellos, se convierte así en cierto modo en el equivalente del *Mêru* de los hindúes o del *Alborj* de los persas (28). «El Tabernáculo de la Santidad de *Jehováh,* la Residencia de la *Shekinah,* es el Santo de los Santos que es el corazón del templo, que es él mismo el centro de Sión (Jerusalén), como la Santa Sión es el centro de la Tierra de Israel, tal como la Tierra de Israel es el centro del mundo» (29). Aun se pueden llevar las cosas más lejos no sólo en todo lo que se ha enumerado aquí, tomándolo en el orden inverso, sino también tras el Tabernáculo en el Templo, el Arca de la Alianza en el Tabernáculo y, en el Arca de la Alianza misma, el lugar de la manifestación de la *Shekinah* (entre los dos *Kerubim),* representan como otras tantas aproximaciones sucesivas del «Polo espiritual».
Es también de esta forma como Dante presenta precisamente a Jerusalén como el «Polo espiritual», tal como hemos tenido la ocasión de explicarlo en otro lugar (30); pero esto, cuando se sale del punto de vista propiamente judaico, se torna ante todo simbólico y ya no es una localización en el sentido estricto de esta palabra. Todos los centros espirituales secundarios, constituidos como adaptaciones de la tradición primordial a condiciones determinadas, son, como ya lo hemos indicado, imágenes del centro supremo; Sión puede no ser en realidad más que uno de esos centros secundarios, y sin embargo identificarse simbólicamente con el centro supremo en virtud de esta similitud. Jerusalem es efectivamente, como su nombre indica, una imagen de la verdadera *Salem;* lo que hemos dicho y lo que diremos todavía de la «Tierra Santa», que no es sólo la Tierra de Israel, permitirá comprenderlo sin dificultad. A propósito de esto, otra expresión muy importante como sinónimo de «Tierra Santa», es la de «Tierra de los Vivos»: designa manifiestamente a la «morada de inmortalidad», de manera que en su sentido propio y riguroso se aplica al Paraíso terrenal o a sus equivalentes simbólicos, pero esta denominación también ha sido aplicada a las «Tierras Santas» secundarias y especialmente a la Tierra de Israel. Se dice que «la Tierra de los Vivos comprende siete tierras», y P. Vulliaud señala respecto a esto que «esta tierra es Canaán en la que había siete pueblos» (31). Sin duda, es exacto en un sentido literal: pero, simbólicamente estas siete tierras podrían muy bien, tal como las que se tratan por otro lado en la tradición islámica, corresponder a los siete *dwipas* que, según la tradición hindú, tienen a *Mêru* por centro común, y sobre los cuales volveremos más adelante. Del mismo modo que cuando los antiguos mundos, o las creaciones anteriores a la nuestra, son simbolizados por los «siete reyes de Edom» (el número septenario se encuentra aquí en relación con los siete «días» del Génesis), hay en ello una semejanza mucho más chocante para no ser más que accidental, con las eras de los siete *Manúes* contadas desde el comienzo del *kalpa* hasta la época actual (32).
NOTAS
(1). Según la tradición de los Persas, hubo dos clases de *haoma:* el blanco, que no podía recogerse más que en la montaña sagrada a la que llamaban *Alborj,* y el amarillo, que reemplazó al primero cuando los antecesores de los iraníes abandonaron su hábitat primitivo, pero que se perdió igualmente al cabo del tiempo. Se trata de las fases sucesivas del oscurantismo espiritual que se produjo gradualmente a través de las diferentes épocas del ciclo humano.
(2). *Dionisios* o *Baco* tiene muchos nombres, correspondiendo a otros tantos aspectos diferentes; desde uno de estos aspectos, al menos, la tradición le hace proceder de la India. El relato según el cual se le hace nacer del muslo de *Zeus,* descansa en una semejanza verbal de lo más curiosa: la palabra griega «*mêros*», («muslo») fue sustituida por *Mêru,* «la montaña polar», a la cual es fonéticamente casi idéntica
(3). El número de cada una de las dos palabras es 70.
(4). El sacrificio de *Melquisedec* se considera habitualmente como una prefiguración de la Eucaristía y el sacerdocio cristiano se identifica en principio con el sacerdocio mismo de *Melquisedec,* según la aplicación hecha a Cristo en estas palabras de los Salmos:
«Tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melquisedec» *(Salmo,* 110, 4).
(5). *Epístola a los Hebreos, 5,11.*
(6). El nombre de *Abram* aún no había cambiado por el de *Abraham;* al mismo tiempo *(Génesis* XVII), el nombre de su esposa *Sara,* se cambió por el de *Sarah,* de manera que la suma de los números de estos dos nombres quedó igual.
(7). *Génesis,* 14,19-20.

(8). Hay que señalar también que la misma raíz se halla en las palabras *Islam* y *moslem* (musulmán); la «sumisión a la voluntad divina (éste es el sentido de la palabra *Islam)* es la condición necesaria de la paz»; la idea que aquí se expresa ha de relacionarse con la del *Dharma* hindú.
(9). *Epístola a los Hebreos,* 7,1-3.
(10). Ibid. 7, 7.
(11).Génesis, 14,
(12). El número de cada uno de estos nombres es 197.
(13). Esta es la justificación de la identidad completa que indicábamos anteriormente; pero convendría observar que la participación en la tradición puede no ser cuanto menos consciente; en este caso, no es menos real como medio de transmisión de «influencias espirituales», pero no implica la adhesión efectiva a un rango cualquiera de la jerarquía iniciática.
(14). Se puede decir también, según lo que precede, que esta superioridad corresponde a la de la Nueva Alianza en la Antigua Ley *(Epístola a los Hebreos,* 7:22). Habría lugar a explicar por qué Cristo nació en la tribu real de Judá, y no en la tribu sacerdotal de Leví (véase Ibid. , 7:11-17); pero estas consideraciones nos llevarían demasiado lejos. La organización de las doce tribus desciende de los doce hijos de Jacob, se une naturalmente a la construcción duodenaria de los centros espirituales.
(15). *Epístola a los Hebreos,* 7:9.
(16). *Ibid. ,* 7:8.
(17). En la *Pistis Sophia* de los gnósticos alejandrinos, *Melquisedec* es calificado de «Gran Receptor de la Luz Eterna»; esto reconoce la función de *Manú,* que recibió en efecto la Luz inteligible por un rayo emanado directamente del Principio para reflejarla en el mundo que es su reino; y por otra parte es porque a *Manú* se le llama «hijo del Sol».
(18). Existen aún otras tradiciones relativas a *Melki-Tsedeq;* según una de ellas, éste habría sido consagrado en el Paraíso terrenal por el ángel *Míkael,* a la edad de cincuenta y dos años. Este número simbólico del 52 juega un papel importante en la tradición hindú, en la que está considerado como el número total de los sentidos incluidos en el *Veda;* se dice incluso que a este sentido corresponden otras tantas pronunciaciones diferentes del monosílabo *Om.*
(19). Este nombre, o más bien este título, de *Dharma-Raja* se aplica, especialmente, en el *Mahabarata* a *Yudhishthira;* pero anteriormente lo ha sido a *Yama* «el Juez de los Muertos», cuya estrecha relación con *Manú* hemos indicado anteriormente.
(20). En la iconografía cristiana el ángel Miguel figura con estos dos atributos en las representaciones del «Juicio Final».
(21). Igualmente, para los antiguos egipcios, *Ma* o *Maat,* eran al mismo tiempo la «Justicia» y la «Verdad». Se la ve simbolizada en uno de los platillos de la balanza del Juicio, mientras que en la otra es un vaso, jeroglífico del corazón. En hebreo, *hoq* significa «decreto».
(22). Esta palabra *Haq* tiene como valor numérico 108, que es uno de los números cíclicos fundamentales. En la India, el rosario de Shiva está compuesto por 108 cuentas; y el significado primero del rosario simboliza la «cadena de los mundos», es decir, el encadenamiento causal de los ciclos o de los estados de existencia.
(23). Este significado podría resumirse en esta fórmula: «la fuerza al servicio del derecho», si los modernos no hubiesen abusado demasiado de esto, tomándolo en un sentido externo.
(24). Véase *L'Ésotérisme de Dante,* ed. 1957, p. 58.
(25). La palabra *Khan,* título dado a los jefes por los pueblos de Asia Central, está unida a la misma raíz.
(26). *Tsedeq* es también el nombre del planeta Júpiter, por lo que se le llama al *ángel Tsadquiel-Melek;* la semejanza con el nombre de *Melki-Tsedeq* (al que sólo se le añade *El,* como nombre divino que forma la terminación común de todos los nombres angélicos) es aquí demasiado evidente, por lo que no ha lugar de insistir en ello. En la India, el mismo planeta lleva el nombre de *Brihaspati*, que igualmente es el Pontífice Celeste. Otro sinónimo de *Malkuth* es *Sabbath,* del cual el sentido de descanso se refiere visiblemente a la idea de «Paz», tanto más cuanto esta noción expresa, como se ha visto anteriormente, el aspecto externo de la *Shekinah,* por lo cual se comunica con el "mundo inferior".
(27). P, Vulliaud, *La Kabbale juive,* t. 1, p. 509.
(28). Entre los samaritanos, es el monte *Garízim* el que juega el mismo papel y el que recibe las mismas denominaciones: es «la Montaña Bendita», «la Colina Eterna», «el Monte de la Herencia», «la Casa de Dios», y «el Tabernáculo de sus Ángeles», la morada de la *Shekinah;* incluso se le identifica con «la Montaña Primordial» *(Har Qadim),* donde estuvo el *Edén,* y que no fue sumergido por las aguas del diluvio.
(29). P. Vulliaud, *La Kabbale juive, t.* 1, p. 509.
(30). *L'Ésotérisme de Dante,* ed. 1957, p. 64.
(31). *La Kabbale juive*, tomo II, p. 116.
(32). Un *Kalpa* comprende catorce *manvantaras; Vaivaswata, el actual Manú,* es el séptimo de este *Kalpa,* llamado *Shrî-Shwêta-Varâha-Kalpa* o «Era del Jabalí blanco»; otra observación curiosa es ésta; los judíos dan a Roma el apelativo de Edom; ahora bien, la tradición habla también de siete reyes de

Roma y el segundo de estos reyes, *Numa,* que está considerado como el legislador de la ciudad, lleva un nombre que es el giro silábico exacto del de *Manú,* y que puede al mismo tiempo estar relacionado con la palabra griega *nomos,* «ley». Hay por consiguiente razón para pensar que estos siete reyes de Roma no son otra cosa que, desde cierto punto de vista, una representación particular de los siete *Manús* de una civilización determinada, del mismo modo que los siete sabios de Grecia son por otro lado, en similares condiciones, una representación de los siete *Rishis,* en lo que se sintetiza la sabiduría del ciclo inmediatamente anterior al nuestro.

Capítulo VII: "*LUZ*" O LA MORADA DE INMORTALIDAD

Las tradiciones relativas al «mundo subterráneo» se encuentran en un gran número de pueblos; no tenemos la intención de reunirlas aquí todas, tanto más cuanto que algunas de ellas no parecen tener una relación muy directa con el tema que nos ocupa. Sin embargo, uno puede observar que de una forma general «el culto de las cavernas» está siempre unido más o menos a la idea de «lugar interior» o de «lugar central» y que, en este sentido, el símbolo de la caverna y el del corazón estén bastante próximos el uno del otro (1). Por otro lado, existen realmente, tanto en Asia Central como en América, y tal vez en otros lugares, cavernas y subterráneos donde ciertos centros iniciáticos han podido mantenerse desde hace siglos; pero aparte de este hecho hay, en todo lo que se relaciona con este tema, una parte de simbolismo que no es muy difícil de deducir; incluso podemos pensar que son precisamente razones de orden simbólico las que han determinado la elección de lugares subterráneos para el establecimiento de estos centros iniciáticos, mucho más que por motivos de simple prudencia. Saint-Yves habría podido explicar tal vez este simbolismo, pero no lo ha hecho, y es lo que da pie en ciertas partes de su libro a una apariencia de fantasmagoría (2); en cuanto a F. Ossendowski, sin duda era incapaz de ir más allá de la letra y ver en lo que se decía algo más que el sentido inmediato.
Entre las tradiciones a las cuales hacíamos alusión anteriormente, hay una que presenta un interés particular: se encuentra en el Judaísmo y se refiere a una ciudad misteriosa llamada *Luz* (3). Originalmente este nombre era el lugar donde Jacob tuvo el sueño y por eso lo llamó *Beth-El,* o sea, Casa de Dios (4); más adelante volveremos sobre este tema. Se dice que el «ángel de la muerte» no puede penetrar en esta ciudad y por eso no tiene allí ningún poder y, por una comparación bastante singular, pero muy significativa, la sitúan algunos cerca de *Alborj,* que es para los persas igualmente «la morada de la inmortalidad».
Cerca de *Luz* hay, se dice, un almendro (también llamado *luz* en hebreo), en la base del cual existe un hueco por el que se penetra a un subterráneo (5), el cual conduce a la misma ciudad, que está completamente escondida. La palabra *luz,* en sus diversas acepciones, parece derivada, por otra parte, de una raíz que designa todo lo que está escondido, cubierto, envuelto, silencioso, secreto: y hay que señalar que las palabras que designan al Cielo primitivamente tienen el mismo significado. Normalmente se compara con *coelum* del griego *koilon,* «hueco» (lo que puede también tener una relación con la caverna, tanto más cuanto que Varron indica tal comparación en estos términos: a *cavo caelum);* pero hay que señalar también que la forma más antigua y la más correcta parece ser *caelum,* que recuerda muy de cerca a la palabra *caelere,* «ocultar». Por otra parte, en sánscrito, *Varuna* viene de la raíz *var,* «cubrir» (lo que da igualmente el sentido de la raíz *kal* a la que se refieren el latín *celare,* otra forma de *caelere,* y su sinónimo griego *kaluptein* (6); y la raíz griega *Ouranos* no es más que otra forma del mismo nombre, por lo cual *var* se transforma fácilmente en *ur.* Estas palabras pueden significar, por consiguiente, «lo que cubre (7)», "lo que oculta", pero también «lo que está oculto», y este último sentido es doble: es lo que está oculto a los sentidos, el mundo suprasensible; y también es, en los períodos de ocultamiento u oscurecimiento, la tradición que deja de manifestarse exterior y abiertamente, «el mundo celeste» deviniendo entonces «el mundo subterráneo». Hay aún, bajo otro aspecto, que establecer una comparación con el Cielo: a *Luz* se le llama la «Ciudad azul», y este color es el del zafiro (9), es el color celeste. En la India, se dice que el color azul de la atmósfera se produce por la reflexión de la luz sobre una de las caras de *Mêru,* la cara meridional, que mira hacia el *Jambu-dwîpa,* y que está hecha de zafiro; es fácil comprender que esto se refiere al mismo simbolismo. El *Jambu-dwîpa* no es sólo la India como se cree corrientemente, sino que representa en realidad a todo el conjunto del mundo terrestre en su estado actual; y este mundo puede verse como situado completamente al sur de *Mêru,* ya que éste se identifica con el polo septentrional (10). Los siete *dwipas* (literalmente islas o continentes) emergen sucesivamente en el curso de ciertos períodos cíclicos, de manera que cada uno de ellos es visto en el mundo terrestre en su período correspondiente; forman un loto cuyo centro es *Mêru,* con respecto al cual están orientados siguiendo las siete regiones del espacio (11). Hay, por consiguiente, una cara del *Mêru* que está vuelta hacia cada uno de los siete *dwîpas;* si cada una de estas caras tiene uno de los colores del Arco Iris (12), la síntesis de estos siete colores es el blanco, que se atribuye en todas partes a la autoridad espiritual suprema (13), y que es el color del *Mêru* considerado en sí mismo (veremos que está designado efectivamente como la «montaña blanca») mientras que los demás representan solamente

sus aspectos con relación a los diferentes *dwîpas.* Parece que, durante el periodo de manifestación de cada *dwîpa,* hay una posición diferente del *Mêru;* pero en realidad, es inmutable, puesto que es el centro, y es la orientación del mundo terreno con relación a él lo que cambia de un período a otro.
Volvamos a la palabra hebrea *luz,* cuyos diversos significados son dignos de atención: esta palabra tiene corrientemente el sentido de «almendra» (y también de "almendro", designando por extensión tanto al árbol como a su fruto) o de «hueso»; ahora bien, el hueso es lo que está en el interior y además escondido, y está completamente cerrado, de ahí la idea de «inviolabilidad» (14) (que se encuentra en el nombre de *Agarttha).* La misma palabra *luz* es también el nombre dado a una partícula corporal indestructible, representada simbólicamente como un hueso muy duro, y a la cual el alma permanece unida tras la muerte y hasta la resurrección (15). Tal como el hueso contiene la semilla y la médula, este *luz* abarca los elementos virtuales necesarios para la restauración del ser; y esta restauración se operará bajo la influencia de ese rocío celestial, reedificando los huesos desecados; es a lo que hace alusión, de la forma más clara, estas palabras de San Pablo: «sembrado en corrupción, resucitará en gloria (16)». Aquí, como siempre, la «gloria» se refiere a la *Shekinah,* considerada en el mundo superior, y con la cual el «rocío celestial» tiene una estrecha relación, así como hemos podido dar cuenta anteriormente de ello. El *luz,* siendo imperecedero (17), es en el ser humano el «núcleo*» de inmortalidad, así como el lugar que es designado por el mismo nombre es la «morada de inmortalidad»: ahí se detiene, en ambos casos, el poder del ángel de la muerte. Es en cierta manera el huevo o el embrión del Inmortal (18); puede compararse también a la crisálida de donde ha de salir la mariposa (19), comparación que traduce exactamente su papel con relación a la resurrección.
Se sitúa el *luz* hacia la extremidad inferior de la columna vertebral; esto puede parecer bastante extraño, pero se aclara por una comparación con lo que la tradición hindú dice de la fuerza llamada *Kundalini (20),* que es una forma de *Shakti* considerada como inmanente al ser humano (21). Esta fuerza está representada bajo la figura de una serpiente enrollada sobre sí misma en una región del organismo sutil, correspondiendo precisamente también a la extremidad inferior de la columna vertebral; ocurre así al menos en el hombre corriente; pero, por efecto de prácticas tales como el *Hatha Yoga,* se despierta, se despliega y se eleva a través de las «ruedas» *(chakras)* o «lotos» *(kamalas)* que corresponden a los diversos plexos, para alcanzar la región correspondiente al «tercer ojo», es decir, al ojo frontal de *Shiva.* Este estadio representa la restitución del «estado primordial», donde recobra el hombre el «sentido de la eternidad» y, de ese modo obtiene lo que hemos dado en llamar en otro lugar la «inmortalidad virtual». Hasta ahí, todavía estamos en el estado humano; en una fase ulterior, la *Kundalini* alcanza finalmente la corona de la cabeza (22), y esta última fase hace referencia a la conquista efectiva de los estados superiores del ser. Lo que parece resultar de esta comparación es que la localización de *luz* en la parte inferior del organismo se refiere sólo a la condición de «hombre caído»; y, para la humanidad terrena vista en su conjunto, ocurre lo mismo con la localización del centro espiritual supremo en el "mundo subterráneo" (23).
NOTAS
(1). La caverna o la gruta representa la cavidad del corazón, considerado como centro del ser y también como el interior del «Huevo del Mundo».
(2) . Citaremos como ejemplo el pasaje donde se trata del «descenso a los infiernos»; los que tengan ocasión podrán compararlo con lo que hemos dicho sobre el mismo tema en el *L 'Ésotérisme de Dante.*
(3). Las informaciones que utilizamos aquí están sacadas en parte de la *Jewish Encyclopedia* (VIII, 219).
(4). *Génesis,* 28:19.
(5). En las tradiciones de ciertos pueblos de América del Norte, también se trata de un árbol por el que hombres que primitivamente vivían en el interior de la Tierra saldrían a la superficie, mientras que otros de la misma raza permanecerían en el mundo subterráneo. Es verosímil que Bulwer-Lytton se haya inspirado en estas tradiciones en *La Raza futura (The coming race).* Una nueva edición lleva el titulo de *La raza que nos exterminará.*
(6). De la misma raíz *kal* derivan otras palabras latinas, como *caligo* y quizá el compuesto *occultus.* Por otro lado, es posible que la forma *caelare* provenga originalmente de una raíz diferente, *caed,* manteniendo el sentido de "cortar" o "dividir" (de donde también *caedere*), y, por tanto, los de "separar" y "ocultar"; pero, en todo caso, las ideas expresadas por esas raíces son, como se ve, muy próximas unas de otras, lo que ha podido impulsar fácilmente la asimilación de *caelare y celare*, incluso si las dos formas son etimológicamente independientes.
(7). «El Techo del Mundo», asimilable a la "Tierra celeste" o "Tierra de los Vivientes", tiene, en las tradiciones de Asia Central, estrechas relaciones con el «Cielo Occidental», donde reina *Avalokitêshwara.* A propósito de «cubrir» hay que recordar también la expresión masónica «estar a cubierto»: el techo estrellado de la Logia representa la bóveda celeste.
(8). Es el velo de *Isis* o de *Neit* entre los egipcios, el «velo azul» de la Madre universal en la tradición extremo oriental *(Tao-te-king,* cap. VI); si se aplica este sentido al cielo visible, se puede encontrar en ello una alusión al papel del simbolismo astronómico que oculta o que revela las verdades superiores.

(9). El zafiro desempeña un papel importante en el simbolismo bíblico; en particular, aparece frecuentemente en las visiones de los profetas.
(10). Al norte se le llama en sánscrito *Uttara,* es decir, la región más elevada; al sur se le denomina *Dakshina,* la región de la derecha, es decir, la que tiene a su derecha al volverse hacia Oriente. *Uttara-yana* es la marcha ascendente del sol hacia el Norte, comenzando por el solsticio de invierno y terminando por el solsticio de verano; *dakshinâyana* es el camino descendente del sol hacia el sur, comenzando por el solsticio de verano y terminando por el del invierno.
(11). En el simbolismo hindú (que el Budismo ha conservado en la leyenda de los «siete pasos»), las siete regiones de espacio con los cuatro puntos cardinales, más el Cenit y el Nadir, y por fin del centro mismo; podemos observar que su representación forma una cruz de tres dimensiones (seis direcciones opuestas dos a dos a partir del centro). Del mismo modo, en el simbolismo cabalístico, «el Santo Palacio» o «Palacio Interior», está en el centro de las seis direcciones, que forman con él el septenario; y Clemente de Alejandría dice que de Dios, «Corazón del Universo», salen las extensiones indefinidas que se dirigen, una hacia arriba, otra hacia abajo, ésta a la derecha, aquélla a la izquierda, una hacia adelante y la otra hacia atrás; dirigiendo su mirada hacia estas seis extensiones como hacia un número siempre igual. Él completa el mundo; es el comienzo y el fin (el alfa y la omega), en él finalizan las seis fases del tiempo, y de él ellas reciben su extensión indefinida; tal es el secreto del número 7» (citado por P. Vulliaud, *La Kabbale juive,* t. I, págs. 215-216). Todo esto se refiere al desarrollo del punto primordial en el espacio y en el tiempo; las seis fases del tiempo corresponden, respectivamente, a las seis direcciones del espacio, son seis períodos cíclicos, subdivisiones de otro periodo más general, y a veces representado simbólicamente como seis milenios; son también semejantes a los seis primeros «días» del *Génesis,* siendo el séptimo o *sabbath* la fase de vuelta al principio, es decir, al centro. Así se tienen siete períodos con los cuales puede ser relacionada la manifestación respectiva de los siete *dwîpas;* si cada uno de estos períodos es un *Manvantara,* el *Kalpa* comprende dos series septenarias completas; además se sobreentiende que el mismo simbolismo es aplicable a diferentes grados, según que se consideren períodos cíclicos más o menos extensos.
(12). Véase lo que se ha dicho anteriormente sobre el simbolismo del arco iris. No hay, en realidad, más que seis colores, complementarios dos a dos y correspondientes a las seis direcciones opuestas dos a dos; el séptimo color no es otro que el blanco mismo, tal y como la séptima región se identifica con el centro.
(13). No es pues, sin razón, que en la jerarquía católica el Papa se vista de blanco.
(14). Es por lo que el almendro ha sido tomado como símbolo de la Virgen.
(15). Es curioso notar que esta tradición judaica probablemente ha inspirado ciertas teorías de Leibnitz sobre el «animal» (es decir, el ser vivo), subsistiendo perpetuamente con un cuerpo, pero "reducido a pequeño", tras la muerte.
(16). *Primera Epístola a los Corintios,* 15:42. Hay en estas palabras una aplicación estricta de la ley de analogía: «lo que es arriba es como lo que es abajo, pero en sentido inverso».
(17). En sánscrito, la palabra *akshara* significa «indisoluble», y por extensión «imperecedero» o «indestructible»; designa la sílaba, elemento primario y germen de lenguaje, y se aplica por excelencia al monosílabo *Om,* que se dice contener en el mismo la esencia del triple *Veda.*
*Nota del traductor. La palabra núcleo significa aquí lo mismo que hueso.
(18). El equivalente lo encontramos, bajo otra forma, en las distintas tradiciones, y en particular, con muy importantes desarrollos en el Taoísmo. En este sentido, es análogo en el orden «microcósmico», a lo que es el «Huevo del Mundo» en el orden «Macrocósmico», pues encierra las posibilidades del «ciclo futuro» (la *vita venturi seculi* del credo católico).
(19). Podemos referirnos aquí al simbolismo griego de psique, que reposa en gran parte en esta similitud (véase *Psique,* por F. Pron).
(20) La palabra *kundali* (en femenino *kundalini)* significa enrollado en forma de anillo o espiral; este enrollamiento simboliza el estado embrionario y «no desarrollado».
(21). En este sentido, y en cierta relación, su morada se identifica también con la cavidad del corazón; ya hemos hecho alusión a una relación existente entre la *Shakti* hindú y la *Shekinah* hebrea.
(22). Es el *Brahma-randhra* u orificio de *Brahma,* punto de contacto de la *sushumna* o «arteria coronaria» con el «rayo solar»; hemos expuesto completamente este simbolismo en el *Homme et son devenir selon le Vêdânta.*
(23). Todo esto tiene una relación muy estrecha con el significado real de esta bien conocida frase hermética: «*Visita inferiora terrae, rectificando invenies ocultum lapidem, veram medicinam*»; que da como acróstico la palabra *Vitriolum.* La «piedra filosofal» es al mismo tiempo, desde otro aspecto, «la verdadera medicina», es decir, «el elixir de larga vida», que no es otra cosa que «la bebida de la inmortalidad». A veces se escribe *interiora* en lugar de *inferiora,* pero el sentido general no cambia, y siempre hay la misma alusión manifiesta al «mundo subterráneo».

Capítulo VIII: EL CENTRO SUPREMO OCULTO DURANTE EL KALI-YUGA

Agarttha, se dice, no fue siempre subterránea, y no lo permanecerá siempre; vendrá un tiempo en el que, según las palabras transmitidas por Ossendowski, los "pueblos de *Agarttha* saldrán de sus cavernas y aparecerán sobre la superficie de la tierra" (1). Antes de su desaparición del mundo visible, este centro llevaba otro nombre, pues el de *Agarttha,* que significa «inalcanzable» o «inaccesible» (y también «inviolable», pues es la morada de la Paz, *Salem),* no habría sido el más conveniente; F. Ossendowski precisa que se hizo subterráneo «hace más de seis mil años», y ocurre que esta fecha corresponde, con una muy suficiente aproximación, al comienzo del *Kali-Yuga,* o «época negra», la «edad de hierro» de los antiguos occidentales, el último de los cuatro períodos en los cuales se divide el *Manvantara* (2); su reaparición debe coincidir con el fin del mismo período.

Hemos hablado anteriormente de las alusiones hechas por todas las tradiciones a algo que se halla perdido o escondido, y que se representa bajo diversos símbolos; esto, cuando se toma en su sentido general, lo que concierne al conjunto de la humanidad terrena, se refiere precisamente a las condiciones del *Kali- Yuga.* El período actual es una fase de oscurantismo y de confusión (3); sus condiciones son tales que, en tanto que persistan, el conocimiento iniciático debe necesariamente quedar oculto, de ahí el carácter de «Misterios» de la Antigüedad llamada «histórica» (que no se remonta más que hasta el comienzo de este período (4) y de las organizaciones secretas de todos los pueblos; organizaciones que dan una iniciación efectiva allí donde subsiste aún una verdadera doctrina tradicional, pero que no ofrecen más que la sombra cuando el espíritu de la doctrina ha cesado de vivificar a los símbolos que no son más que su representación exterior y ello porque, por razones diversas, todo lazo consciente con el centro espiritual del mundo ha acabado por romperse, lo que es el sentido más particular de la pérdida de la tradición, la que concierne especialmente a tal o cual centro secundario, dejando de estar en relación directa y efectiva con el centro supremo.

Se debe pues, como lo decíamos anteriormente, hablar de algo que está oculto más que verdaderamente perdido, ya que no está escondido para todos y que algunos lo poseen aún íntegramente; y, si es así, otros tienen siempre la posibilidad de encontrarlo, siempre que lo busquen como conviene, es decir, que su intención sea dirigida de tal manera que, por las vibraciones armónicas que despierta según la "ley de acciones y reacciones concordantes" (5) pueda ponerlos en comunicación espiritual efectiva con el centro supremo (6). Esta dirección de la voluntad tiene además, en todas las formas tradicionales, su representación simbólica; queremos hablar de la orientación ritual: ésta, en efecto, es propiamente la dirección hacia un centro espiritual, que cualquiera que sea, es una imagen del verdadero «Centro del Mundo» (7). Pero a medida que se avanza en el *Kali- Yuga,* la unión con este centro, cada vez más cerrado y oculto, se hace más difícil, al mismo tiempo que se hacen más raros los centros secundarios que lo representan exteriormente (8); y, sin embargo, cuando acabe este período, la tradición deberá manifestarse de nuevo en su integridad, ya que, coincidiendo el comienzo de cada *Manvantara* con el final del precedente, ello implica necesariamente, para la humanidad terrena, la vuelta al «estado primordial» (9).

En Europa, todo lazo instituido conscientemente con el centro por medio de organizaciones regulares está roto actualmente, y ello es así desde hace varios siglos; además, esta ruptura no se realizó de un solo golpe, sino en varias fases sucesivas (10). La primera de estas fases se remonta al comienzo del siglo XIV; lo que ya hemos dicho en otro lugar de las Órdenes de Caballería puede hacer comprender que uno de sus papeles principales era el de asegurar una comunicación entre Oriente y Occidente, comunicación de la que es posible comprender el verdadero alcance si se observa que el centro del que hablamos aquí siempre ha sido descrito, al menos en lo que concierne a los tiempos históricos, como situado del lado de Oriente. Sin embargo, tras la destrucción de la Orden del Temple, el Rosacrucianismo, o a lo que se debía dar este nombre por continuidad, siguió asegurando el mismo lazo, aunque de una manera más disimulada (11). El Renacimiento y la Reforma marcaron una nueva fase crítica y, por último, según lo que parece indicar Saint-Yves, la ruptura completa habría coincidido con los tratados de Westfalia, que en 1648 terminaron con la Guerra de los Treinta Años. Ahora bien, es digno de hacer notar que varios autores hayan afirmado precisamente que, poco después de la Guerra de los Treinta Años, los verdaderos Rosacruces hayan abandonado Europa para retirarse a Asia; y recordaremos, a propósito de esto, que los Adeptos Rosacruz eran doce, como los miembros del círculo más interno de *Agarttha,* y en conformidad con la constitución común a tantos centros espirituales formados a imagen de este centro supremo.

A partir de esta última época, el depósito del conocimiento iniciático efectivo no está guardado por ninguna organización occidental; también Swedenborg declara que es de ahora en adelante entre los sabios del Tíbet y de Tartaria donde hay que buscar la palabra perdida; y, por su parte, Anna Catherina

Emmerich tiene la visión de un lugar misterioso que llama la «Montaña de los Profetas», y que la sitúa en las mismas regiones. Añadamos que fue de informaciones fragmentarias que Mme. Blavatsky pudo recoger sobre este tema, sin comprender, por otro lado, verdaderamente su significado, de donde nació en ella la idea de la Gran Logia Blanca, que nosotros podríamos llamar no ya una imagen, sino simplemente una caricatura o una parodia imaginaria de *Agarttha* (12).
NOTAS:
(1). Tales palabras son aquellas por las cuales acaba una profecía que el "Rey del Mundo" habría hecho en 1890, cuando apareció en el monasterio de Narabanchi.
(2). El *Manvantara* o era de un *Manú,* llamado también *MahaYuga,* comprende cuatro *Yugas* o períodos secundarios: *Krita-Yuga* (o *Satya-Yuga), Treta-Yuga, Dwapara-Yuga,* y *Kali-Yuga,* que se identifican respectivamente con la «edad de oro», con la de «plata», con la de «hierro» de la antigüedad grecolatina. Hay en la sucesión de períodos cierta materialización progresiva, resultante del alejamiento del Principio que acompaña necesariamente al desarrollo de la manifestación cíclica, en el mundo corporal, a partir del estado primordial.
(3). El comienzo de esa edad está representado claramente, en el simbolismo bíblico, por La Torre de Babel, y la «confusión de lenguas». Se podría pensar bastante lógicamente que la caída y el diluvio corresponden al final de las dos primeras edades; pero en realidad, el punto de partida de la tradición hebraica no coincide con el comienzo del *Manvantara.* No hay que olvidar que las leyes cíclicas son aplicadas a grados diferentes para períodos que no tienen la misma extensión, y que a veces se superponen unos sobre otros, y que es efectivamente posible resolver por la consideración del orden de la subordinación jerárquica de los centros tradicionales correspondientes.
(4). No parece que se haya observado nunca como convendría la imposibilidad casi general en la que se encuentran los historiadores de establecer una cronología segura para todo lo que es anterior al siglo VI antes de nuestra era.
(5). Esta expresión se ha tomado prestada de la doctrina taoísta; por otra parte, tomamos aquí la palabra «intención» en un sentido que es muy exacto al del árabe *niyah* que se traduce habitualmente así, y este sentido es además conforme a la etimología latina (de *in-tendere,* tender hacia).
(6). Lo que acabamos de decir permite interpretar de una forma muy precisa estas palabras del evangelio: «Buscad y hallaréis, pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá. » Naturalmente deberemos referirnos aquí a las indicaciones que hemos dado ya a propósito de la «intención recta» y de «la buena voluntad»; y se podrá completar sin esfuerzo por la explicación de esta fórmula: *Pax in terra hominibus bonae voluntatis.*
(7). En el Islam, esta orientación *(qiblah)* es como la materialización, si se puede expresar así, de la intención *(niyah).* La orientación de las iglesias cristianas es otro caso particular que se relaciona esencialmente con la misma idea.
(8). No se trata, bien entendido, más que de una exterioridad relativa, ya que estos centros secundarios son ellos mismos más o menos estrictamente cerrados desde el comienzo del *Kali-Yuga.*
(9). Es la manifestación de la Jerusalén celeste, que es, con relación al ciclo que acaba, lo mismo que el Paraíso terrestre con relación al ciclo que comienza, tal y como lo hemos explicado en el *Esoterismo de Dante.*
(10). Del mismo modo, desde otro punto de vista más amplio, para la humanidad hay ciertos grados en el alejamiento del centro primordial, y es a esos grados a los que corresponde la distinción de los diferentes *Yugas.*
(11). Sobre este punto una vez más, estamos obligados a remitir a nuestro estudio sobre el *Esoterismo de Dante,* donde hemos dado todas las indicaciones que permiten justificar esta aserción.
(12). Aquellos que comprendan las consideraciones que exponemos aquí, verán por ahí mismo por qué razón nos es imposible tomar en serio las múltiples organizaciones seudoiniciáticas que han visto la luz en el Occidente contemporáneo: no hay ninguna que, sometida a un examen riguroso, pueda dar al menos prueba de «regularidad».

Capítulo IX: EL *OMPHALOS* Y LOS BETILOS

Según lo que relata F. Ossendowski, el «Rey del Mundo» apareció antaño varias veces en la India y en Siam «bendiciendo al pueblo con una manzana de oro coronada por un cordero»; y este detalle alcanza toda su importancia cuando se lo relaciona con lo que Saint-Yves dice del «Ciclo del Cordero y del Morueco» (1). Por otro lado, y esto es aún más notable, existen en el simbolismo cristiano innumerables representaciones del Cordero sobre una montaña donde descienden cuatro ríos, que son evidentemente idénticos a los cuatro ríos del Paraíso terrestre (2). Ahora bien, hemos dicho que *Agarttha,* anteriormente al comienzo del *Kali-Yuga,* llevaba otro nombre, y este nombre era el de *Paradêsha,* que en sánscrito significa «Región suprema», lo que se aplica bien al centro espiritual por excelencia, designado también como el "Corazón del Mundo"; es de esta palabra de la que los caldeos han hecho *Pardes* y los Occidentales *Paraíso o Paradis.* Tal es el sentido original de esta última palabra, y esto debe terminar de

hacer comprender por qué dijimos anteriormente que de lo que se trata es siempre, bajo una forma u otra, lo mismo que el *Pardes* de la Kábala hebraica.
Por otro lado, con relación a lo que hemos explicado sobre el simbolismo del «Polo» es fácil ver también que la montaña del Paraíso terrenal es idéntica a la "montaña polar" de la que se trata, bajo nombres diversos, en casi todas las tradiciones: hemos mencionado ya el *Mêru* de los hindúes y el *Alborj* de los persas, así como el *Montsalvat* de la leyenda occidental del Grial; citaremos también la montaña de *Qâf de* los árabes (3), e incluso el *Olimpo* de los griegos, que en muchos aspectos tiene el mismo significado. Se trata siempre de una región que, como el Paraíso terrenal, se ha vuelto inaccesible a la humanidad ordinaria y se sitúa fuera del alcance de todos los cataclismos que trastornan al mundo humano al final de ciertos períodos cíclicos. Esta región es verdaderamente la «Región suprema»; por lo demás, según ciertos textos védicos y avésticos, su situación habría sido primitivamente polar, incluso en el sentido literal de esta palabra; y sea lo que fuere de su localización a través de las diferentes fases de la historia de la humanidad terrena, sigue permaneciendo polar en el sentido simbólico, ya que representa esencialmente el eje fijo alrededor del cual se realiza la revolución de todas las cosas.
La montaña representa naturalmente el «Centro del Mundo» antes del *Kali-Yuga,* o sea, mientras que de algún modo existía abiertamente y aún no estaba subterránea; luego corresponde a lo que podría llamarse su situación normal, fuera del período oscuro establecido. Por otro lado es preciso añadir que, aparte de estas consideraciones referidas a las leyes cíclicas, los símbolos de la montaña y de la caverna tienen uno y otro su razón de ser, y que hay entre ellos una verdadera complementariedad (4); además, la caverna puede enfocarse como situada en el interior de la montaña misma, o inmediatamente por debajo de ésta.
Hay todavía algunos símbolos que en las tradiciones antiguas representan el "Centro del Mundo"; una de las más notables es tal vez la del *Omfalos,* que se encuentra igualmente entre casi todos los pueblos (5). La palabra griega *omphalos* significa «ombligo», pero designa también, de una manera general, todo lo que es centro, y más especialmente el cubo de una rueda; en sánscrito, la palabra *nâbhi* tiene igualmente estas acepciones, y ocurre lo mismo en las lenguas célticas y germánicas, derivadas de la misma raíz, donde se encuentra bajo las formas *nab* y *nav* (6), Por otro lado, en galo, la palabra *nav* o *naf,* que es evidentemente idéntica a estas últimas, tiene el sentido de «jefe» y se aplica incluso a Dios; es pues la idea del Principio central la que aquí se expresa (7). El sentido de «cubo de rueda» tiene además, a este respecto, una importancia muy particular, ya que la rueda es en todas partes un símbolo del Mundo realizando su rotación alrededor de un punto fijo, símbolo que debe relacionarse con el de la esvástica*;* pero en ésta, la circunferencia que representa la manifestación no está trazada, de modo que es el centro mismo el que está designado directamente: la esvástica no es una figura del Mundo, sino más bien de la acción del Principio con respecto al Mundo.
El símbolo del *Omfalos* podía ser emplazado en un lugar que era simplemente el centro de una región determinada, centro espiritual, por otro lado, más bien que centro geográfico, aunque los dos hayan podido coincidir en ciertos casos; pero si ello es así, es porque tal punto era verdaderamente, para el pueblo que habitaba la región considerada, la imagen visible del «Centro del Mundo», lo mismo que la tradición propia a este pueblo no era más que una adaptación de la tradición primordial bajo la forma que convenía a su mentalidad y a sus condiciones de existencia. Se conocía sobre todo, por lo común, el *Omfalos* del templo de Delfos; este templo era realmente el centro espiritual de la Grecia antigua (8) y, sin insistir en todas las razones que podrían justificar esta aseveración, solamente haremos notar que es allí donde se juntaba, dos veces al año, el consejo de los Anfictiones, compuesto por los representantes de todos los pueblos helénicos y que formaban el único lazo efectivo entre estos pueblos, lazo cuya fuerza residía precisamente en su carácter esencialmente tradicional.
La representación material del *Omfalos* será generalmente una piedra sagrada, lo que a menudo se llama un «betilo»; y esta última palabra no parece ser otra cosa que la hebrea *Beith-El,* «casa de Dios», el nombre mismo que Jacob dio al lugar donde el Señor se le había manifestado en un sueño: «Y Jacob se despertó de su sueño y dijo: ¡cuán terrible es este lugar! es la casa de Dios y la puerta de los Cielos, y Jacob se levantó de mañana, y cogió la piedra que había sido su cabecera, la colocó como un pilar, y derramó aceite encima de ella (para consagrarla). Y dio a este lugar el nombre de *Beith-El,* «casa de Dios»; pero el primer nombre de esta ciudad era *Luz* (9); por añadidura, se dice también que *Beith-El*, "casa de Dios", se convirtió a continuación en *Beith-Lehem,* «casa del pan», la ciudad donde nació Cristo (10); la relación simbólica que existe entre la piedra y el pan sería además muy digna de atención (11). Lo que es necesario señalar una vez más es que el nombre de *Beith-El* no sólo se aplica al lugar, sino a la misma piedra: "Y esta piedra, que he levantado como un pilar, será la casa de Dios (12)". Es pues esta piedra la que debe ser propiamente el habitáculo divino *(mishkan),* siguiendo la designación que más tarde se dará al Tabernáculo, es decir, la sede de la *Shekinah;* todo esto se relaciona naturalmente con la cuestión de «las influencias espirituales» *(berakoth)* y, cuando se habla del «culto de las piedras», que fue común a tantos pueblos antiguos, hay que comprender que este culto no se dirigía a las piedras, sino a la divinidad de la que ellas eran la residencia.

La piedra que representaba al *Omfalos* podía tener la forma de un pilar, como la piedra de Jacob; es muy probable que entre los pueblos celtas, algunos menhires tuvieran este significado, y los oráculos se impartían cerca de estas piedras, como en Delfos, lo que explica fácilmente que desde entonces hayan sido considerados como la morada de la divinidad; «la casa de Dios», además, se identifica muy naturalmente con el «Centro del Mundo». El *Omfalos* podía también estar representado por una piedra cónica, como la piedra negra de Cibeles, u ovoide; el cono recordaba la montaña sagrada, símbolo del "Polo" o del "Eje del Mundo"; en cuanto a la forma ovoide, se refiere directamente a otro símbolo muy importante, el del "Huevo del Mundo" (13). Hay que añadir una vez más que, si el *Omfalos* estaba representado más habitualmente por una piedra, también ha podido estarlo por un montículo, una especie de túmulo, que es todavía una imagen de la montaña sagrada; así, en China, en el centro de cada reino o Estado feudal, se elevaba en otro tiempo un montículo, en forma de pirámide cuadrangular, formada por la tierra de las cinco regiones: las cuatro caras correspondían a los cuatro puntos cardinales, y la cima al centro mismo (14). Cosa singular, vamos a encontrar estas «cinco regiones» en Irlanda, donde la "piedra bajo el jefe" era, de forma semejante, elevada en el centro de cada dominio (15).
En efecto, es Irlanda la que, entre los países celtas, proporciona el número más grande de datos relativos al *Omfalos;* en otro tiempo estaba dividida en cinco reinos, de los que uno llevaba el nombre de *Mide* (que quedó bajo la forma anglicista de *Meath),* que es la antigua palabra celta *medion,* «medio», idéntica al latín *medius* (16). Este reino de *Mide,* que se había formado de porciones tomadas en los territorios de las otras cuatro, se convirtió en el patrimonio propio del rey supremo de Irlanda, al cual se subordinaban los otros reyes (17). En Ushnagh, que representa con exactitud el centro del país, estaba levantada una piedra gigantesca llamada «ombligo de la Tierra», y designada también bajo el nombre de «piedra de las porciones» *(ailna-meeran),* porque marcaba el lugar donde convergían, en el interior del Reino de *Mide,* las líneas separadoras de los cuatro reinos primitivos. Se celebraba allí, anualmente, el primero de mayo, una asamblea general totalmente comparable a la reunión anual de los Druidas en el "lugar consagrado central" (*medio-lanon o medio- nemeton*) de las Galias, en el país de los Carnutos; y la semejanza con la asamblea de los Anfictiones en Delfos se impone igualmente.
Esta división de Irlanda en cuatro reinos, más la región central que era la residencia del jefe supremo, se vincula con tradiciones muy antiguas. En efecto, Irlanda fue, por esta razón, denominada la "isla de los Cuatro Maestros" (18), pero esta denominación, lo mismo que la de "isla verde" (*Erin)* se aplicaba anteriormente a otra tierra mucho más septentrional, hoy desconocida, desaparecida quizá, *Ogygia* o sobre todo *Thulé*, que fue uno de los principales centros espirituales si no incluso el centro supremo de cierto período. El recuerdo de esta "Isla de los Cuatro Maestros" se encuentra hasta en la tradición china, lo que parece no haberse nunca señalado, he aquí un texto taoísta que da fe de ello: el emperador Yao hizo grandes esfuerzos, y se imaginó haber reinado idealmente bien. Tras haber visitado a los Cuatro Maestros, en la lejana isla de *Kou-chee* (habitada por "hombres verdaderos", *tchenn-jen*, es decir, hombres reintegrados en el "estado primordial", reconoció que había echado todo a perder. El ideal, es la indiferencia (o más bien el desapego, en la actividad "no actuante") del super-hombre (19), que deja girar la rueda cósmica (20). Por otro lado, los "cuatro Maestros" se identifican a los cuatro *Mahârâjas* o "grandes reyes" que, según las tradiciones de la India y del Tíbet, presiden los cuatro puntos cardinales (21); ellos corresponden al mismo tiempo a los elementos: el Maestro supremo, el quinto, que reside en el centro, sobre la montaña sagrada, representa entonces al Eter (*Akâsha*), la "quintaesencia" (*quinta essentia*) de los hermetistas, de cuyo elemento primordial proceden los otros cuatro (2); y tradiciones análogas se encuentran también en América central.
NOTAS
(1). Recordaremos aquí la alusión que hemos hecho ya en otra parte a la relación que existe entre *Agni* védico y el símbolo del cordero *(L 'Ésotérisme de Dante,* ed. 1957, pág. 69-69; *L´homme et son devenir selon le Vêdânta,* p. 43); el Morueco representa en la India el vehículo de *Agni.* Por otra parte, F. Ossendowski indica en varias ocasiones que el culto de *Rama* existe todavía en Mongolia; hay pues allí algo más que Budismo, contrariamente a lo que pretenden la mayor parte de los orientalistas. Por otro lado, nos han comunicado, sobre los recuerdos del «Ciclo de Ram» que subsistirán aún actualmente en Camboya, unas informaciones que nos han parecido tan extraordinarias que hemos preferido no tenerlas en cuenta; no mencionamos pues este hecho más que a título informativo.
(2). Señalamos también las representaciones del Cordero en el Libro sellado de los siete sellos del que se habla en el *Apocalipsis;* el Lamaísmo tibetano posee igualmente siete sellos misteriosos, y no pensamos que esta coincidencia sea puramente accidental.
(3). Se dice de la Montaña de *Qâf* que no se la puede alcanzar «ni por tierra ni por mar» *(lâ bil-barr wa lâ bil-bahr;* confróntese lo que se ha dicho anteriormente de *Montsalvat,* y tiene entre sus otras designaciones de la «Montaña de los Santos» *(Jabal el-Awliyâ),* que hay que relacionar con la «Montaña de los Profetas», de Anne Catherine Emmerich.
(4). Esta complementariedad es la de los dos triángulos, dispuestos en sentido inverso el uno del otro, que forma el «sello de Salomón»; también es comparable a la de la lanza y de la copa, de lo que se ha descrito anteriormente, y de muchos otros símbolos equivalentes a aquéllos.

(5). W. H. Roscher, en una obra titulada *Omphalos,* publicada en 1913, ha reunido una cantidad considerable de documentos estableciendo este hecho para los pueblos más diversos; pero tiene razón al pretender que este símbolo está unido a la idea que se hacían estos pueblos de la forma de la tierra, porque él se imagina que se trata de la creencia de un centro en la superficie terrestre, en el sentido más groseramente literal; esta opinión implica un desconocimiento completo del significado profundo del simbolismo.
Usaremos en lo que sigue cierto número de informaciones contenidas en un estudio de M. J. Loth sobre *El Omfalos entre los Celtas,* aparecido en la "Revue des Etudes Anciennes",(julio-septiembre de 1915).
(6). El alemán, *nabe,* eje, y *nabel,* ombligo; igualmente, en inglés *nave* y *navel,* esta última palabra teniendo también el sentido general de centro o de medio. El griego *omfalos* y el latín *umbiculus* provienen además de una simple modificación de la misma raíz.
(7). *Agni,* en el *Rig- Veda,* es llamado «Ombligo de la tierra», lo que se asocia aún más a la misma idea; a menudo la esvástica*,* como ya lo hemos dicho, es el símbolo de *Agni.*
(8). Había en Grecia otros centros espirituales, pero más particularmente reservados a la iniciación de los Misterios, como Eleusis y Samotracia, mientras que Delfos tenía un papel social relacionado directamente con todo el conjunto de la colectividad helénica.
(9). *Génesis*, 28:16-19.
(10). Se notará por otro lado la similitud fonética de *Beith-Lehem,* con la forma *Beth-Elohim,* que figura también en el texto del *Génesis.*
(11). Y el tentador, acercándose, dijo a Jesús: «Si tú eres el hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan. » (S. *Mateo,* c. 4:3; cf.: S. *Lucas,* c. 4:3). Estas palabras tienen unos sentidos misteriosos, en relación con lo que indicamos aquí: Cristo debía cumplir una parecida transformación, pero espiritual y no materialmente como lo pedía el tentador; ahora bien, el orden espiritual es análogo al orden material, pero en sentido inverso, y la señal del demonio es la de tomar todas las cosas al revés. Es el Cristo mismo el que, como manifestación del Verbo, es el «pan vivo que descendió del cielo», de ahí la respuesta: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»; es ese pan el que debía, en la Nueva Alianza, ser sustituido por la piedra como «casa de Dios»; y añadiremos aún más, es por lo que los oráculos han cesado. A propósito de este pan que se identifica con la «carne» del Verbo manifestado, puede ser interesante señalar una vez más que la palabra árabe *lahm,* que es la misma que el hebreo *lehem,* tiene precisamente el significado de carne en lugar de la de «pan».
(12). *Génesis,* 28:22.
(13). A veces, en particular en ciertos *omfaloi* griegos, la piedra estaba rodeada por una serpiente; también se ve esta serpiente enrollada en la base o en la cima de los bornes caldeos, que deben considerarse como auténticos «betilos». Además, el símbolo de la piedra, como el del árbol (otra figura del eje del Mundo) está, de una manera general, en estrecha relación con la de la Serpiente; y es lo mismo que la del huevo, especialmente entre los celtas y los egipcios. Un ejemplo notable de simbolización del *Omfalos* es el «betilo» de Kermaria, cuya forma general es la de un cono irregular enrollado a la cima, y de la que una de las caras lleva una esvástica. M. J. Loth, en el estudio que hemos citado anteriormente, ha dado fotografías de este «betilo», así como de algunas otras piedras del mismo género
(14). El número cinco tiene, en la tradición china, una importancia simbólica muy particular.
(15). *Brehon Laws,* citados por J. Loth.
(16). Se habrá notado que China también está designada con el nombre de Imperio del Medio.
(17). La capital del Reino de *Mide* era *Tara;* ahora bien, en sánscrito, la palabra *Târâ* significa «estrella» y designa particularmente a la estrella polar.
(18). El nombre de S.Patricio, que no se conocía normalmente más que en su forma latinizada, era originalmente Cothraige, que significa "el servidor de los cuatro".
(19). El "hombre verdadero", estando colocado en el centro, ya no participa en el movimiento de las cosas, sino que en realidad dirige este movimiento por su sola presencia, porque en él se refleja la Actividad del Cielo.
(20). *Tchan-Tseu*, cap. I; trad. del P. L. Wieger, p. 213. El emperador Yao reinó, se dice, en el año 2356 antes de la era cristiana.
(21). También se podría hacer aquí una comparación con los cuatro *Awtâd* del esoterismo islámico.
(22). En las figuras cruciales, tales como la esvástica, este elemento primordial está representado igualmente por el punto central, que es el Polo; los otros cuatro elementos, corresponden a las cuatro ramas de la cruz, que simbolizan además al cuaternario en todas sus aplicaciones.

Capítulo X: NOMBRES Y REPRESENTACIONES SIMBÓLICAS DE LOS CENTROS ESPIRITUALES

Podríamos citar una vez más, en lo que concierne a la «Región suprema», muchas otras tradiciones concordantes; hay especialmente, para designarla, otro nombre probablemente más antiguo aún que el de *Paradêsha:* este nombre es el de *Tula,* del que los griegos hicieron *Thulé;* y, como acabamos de comentar esta *Thulé* era verosímilmente idéntica a la "isla de los cuatro Maestros". Hay que advertir, además, que el mismo nombre de *Tula* se ha dado a regiones muy diversas, ya que, todavía hoy, se le puede encontrar tanto en Rusia como en América central; sin duda debemos pensar que cada una de estas regiones fue, en una época más o menos lejana, la sede de un poder espiritual que era como una emanación del de la *Tula* primordial. Se sabe que la *Tula* mexicana debe su origen a los Toltecas; éstos, se dice, venían de *Aztlan,* «la tierra en medio de las aguas» que, evidentemente, no es otra que la Atlántida, y habían llevado este nombre de *Tula* desde su país de origen; el centro al cual se lo dieron debió reemplazar probablemente, en cierta medida, al del continente desaparecido (1). Pero por otro lado, hay que distinguir la *Tula* atlante de la *Tula* hiperbórea, y es esta última la que, en realidad, representa el centro primero y supremo para el conjunto del *Manvantara* actual; es ella la que fue la isla sagrada por excelencia, y, así como lo dijimos anteriormente, su situación era literalmente polar en su origen. Todas las demás «islas sagradas» que se designan en todas partes con nombres de significados idénticos no fueron más que imágenes de ésta, y esto se aplica incluso al centro espiritual de la tradición atlante, que no rigió más que un ciclo histórico secundario subordinado al *Manvantara* (2).
La palabra *Tula,* en sánscrito, significa «balanza», y designa particularmente el signo zodiacal de este nombre; pero, según una tradición china, la Balanza celeste ha sido primitivamente la Osa Mayor (3). Esta observación es de la mayor importancia, pues el simbolismo que se vincula con la Osa Mayor está ligado naturalmente de la forma más estrecha con el del Polo (4). No podemos extendernos aquí sobre ésta cuestión, que demandaría ser tratada en un estudio especial (5). Habría que examinar también la relación que puede existir entre la Balanza polar y la Balanza zodiacal; ésta es además considerada como el "signo del Juicio", y lo que hemos dicho anteriormente de la balanza como atributo de la Justicia, a propósito de Melquisedec, puede hacer comprender que su nombre haya designado al centro espiritual supremo.
Tula es además denominada la "isla blanca", y hemos dicho que este color es el que representa la autoridad espiritual; en las tradiciones americanas, A*ztlan* tiene por símbolo una montaña blanca, pero esta figuración se aplica ante todo a la *Tula* hiperbórea y a la «montaña polar». En la India, la «isla blanca» *(Shwêta-dwîpa),* que se sitúa generalmente en las regiones lejanas del Norte (6), es considerada como la «Morada de los Bienaventurados», lo que la identifica claramente con la «Tierra de los Vivientes» (7). Hay, sin embargo, una excepción aparente: las tradiciones célticas hablan sobre todo de la «isla verde» como si fuera la «isla de los santos» o la «isla de los Bienaventurados (8)»; pero en el centro de esta isla se levanta la «montaña blanca», que no ha sido sumergida, se dice, por ningún diluvio (9), y cuya cima es del mismo color púrpura (10). Esta «montaña del Sol», así es como se la llama igualmente, es lo mismo que el *Mêru;* éste, que es también la «montaña blanca», está rodeado por un cinturón verde por estar situado en medio del mar (11), y en su cumbre brilla el triángulo de luz.
A la designación de centros espirituales como «la isla blanca» (designación que, lo recordamos otra vez, ha podido aplicarse igual que las otras a centros secundarios, y no únicamente al centro supremo, al cual correspondería en primer lugar), hay que relacionar los nombres de lugares, regiones o ciudades, que expresen igualmente la idea de blancura. Existen un gran número de ellas desde Albión hasta Albania, pasando por Alba Longa, la ciudad madre de Roma, y las otras ciudades antiguas que han podido llevar el mismo nombre (12); entre los Griegos, el nombre de la ciudad de Argos tiene el mismo significado (13), y la razón de este hecho aparecerá más claramente por lo que vamos a decir en adelante.
Hay que hacer todavía una observación sobre la representación de este centro espiritual como isla, que comprende además a la «montaña sagrada», pues al mismo tiempo que tal localización ha podido existir efectivamente, (aunque no todas las "Tierras Santas" sean islas), debe tener también un significado simbólico. Los hechos históricos mismos, y sobre todo los de la historia sagrada, traducen a su manera verdades de orden superior, en razón de la ley de correspondencia que es el fundamento mismo del simbolismo, y que une a todos los mundos en la armonía total y universal. La idea que evoca la representación de la que se trata esencialmente es la de «estabilidad», que precisamente hemos mostrado como la característica del Polo: la isla permanece inmutable en medio de la agitación incesante de las mareas, que es una imagen de la del mundo exterior, y es preciso haber atravesado «el mar de las pasiones» para llegar al «Monte de la Salvación», al "Santuario de la Paz" (14).
NOTAS
(1). El signo ideográfico de *Aztlan* o de *Tula* era la garza blanca; la garza y la cigüeña juegan en Occidente el mismo papel que el Ibis en Oriente, y estos tres pájaros figuran entre los emblemas de Cristo; el Ibis era entre los egipcios uno de los símbolos de *Thoth,* o sea de la Sabiduría.
(2). Una gran dificultad, para determinar de una manera precisa el punto de unión de la tradición atlante con la tradición hiperbórea, proviene de ciertas sustituciones de nombres que pueden dar lugar a múltiples confusiones; pero la cuestión, a pesar de todo, tal vez no es totalmente irresoluble.

(3). La Osa Mayor había sido llamada incluso «Balanza de jade», dado que el jade era un símbolo de perfección. En otros pueblos, la Osa Mayor y la Osa Menor han sido asimiladas a los dos platillos de una balanza. Esta balanza simbólica no carece de relación con la que se trata en el *Siphra di Tseniutha* (el «Libro del Misterio», sección del *Zohar):* ésta está «suspendida en un lugar que no existe», es decir en lo «no-manifestado», que el punto polar representa para nuestro mundo; además, se puede decir que es sobre el Polo donde reposa efectivamente el equilibrio de este mundo.
(4). La Osa Mayor es, en la India, el *sapta-riksha,* es decir la morada simbólica de los siete *Rishis;* esto está naturalmente conforme con la tradición hiperbórea, mientras que, en la atlante, la Osa Mayor está reemplazada en este papel por las Pléyades, que están formadas igualmente por siete estrellas; se sabe además que, para los griegos, las Pléyades eran hijas de *Atlas,* y como tales llamadas también *Atlántidas.*
(5). También es curioso observar, en conexión con lo que hemos dicho anteriormente, de la asimilación fonética entre *Mêru* y *mêros,* que, entre los antiguos egipcios, la Osa Mayor era llamada la constelación del muslo.
(6). El *Shwêta-dwîpa* es una de las dieciocho subdivisiones de *Jambu-dwîpa.*
(7). Esto recuerda igualmente las «Islas afortunadas» de la antigüedad occidental; pero estas islas estaban situadas al Oeste (el «jardín de las Hespérides»: *hesper* en griego, *vesper* en latín, son la tarde, es decir, el Occidente), lo que indica una tradición de origen Atlante y lo que por otra parte puede hacer pensar en el Cielo Occidental de la tradición tibetana.
(8). El nombre de «isla de los Santos» se ha aplicado ulteriormente a Irlanda como el de «isla verde», e incluso a Inglaterra. Señalamos igualmente el nombre de la isla de *Héligoland,* que tiene el mismo significado
(9). Hemos señalado ya las tradiciones similares relativas al Paraíso terrestre. En el esoterismo islámico, la isla verde *(el-jezirah el khadrah)* y la montaña blanca *(el jabal el abiod)* también son muy conocidas, aunque se habla muy poco en el exterior.
(10). Se vuelve a encontrar aquí los tres colores herméticos: verde, blanco, rojo, de los que hemos hablado en el *Esoterismo de Dante.*
(11). A veces se trata, por otro lado, un cerco de colores del arco-iris, que puede relacionarse con el chal de *Iris;* Saint-Yves hace alusión en la *Misión en la India* y lo mismo se encuentra en la visión de Ana Catalina Emmerich. Nos referíamos a lo que hemos dicho previamente sobre el simbolismo del arco-iris, así como para los siete *dwîpas.*
(12). La latina *albus,* «blanco», se relaciona con la hebrea *laban,* que tiene el mismo sentido, y cuyo femenino *lebanah* sirve para designar a la Luna; en latín, *Luna* puede significar a la vez «blanco» y «luminoso», estando ambas ideas relacionadas.
(13). No hay entre el adjetivo *argos* (blanco) y el nombre de la ciudad más que una simple diferencia de acentuación; el nombre de la ciudad es neutro, y este mismo nombre en masculino es el de Argus. Se puede pensar una vez más en el navío *Argo* (que se dice, además, fue construido por Argos, y cuyo mástil estaba hecho de roble del bosque de Dodona); en este último caso puede significar igualmente «rápido», tomando la rapidez como un atributo de la luz (y especialmente del relámpago), pero el primer sentido es «blancura» y por extensión «luminosidad». De la misma palabra deriva también el nombre de "argenta" (plata), que es el metal blanco y que comprende astrológicamente a la luna; en latín *argentum* y el griego *argurus* tienen idéntica raíz.
(14). El Yogui, habiendo atravesado el mar de las pasiones, está unido a la tranquilidad y posee el "Sí en su plenitud", dice Shankaracharya *(Atmâ-Bodha).* Se toman aquí las pasiones para designar todas las modificaciones contingentes y transitorias que constituyen la «corriente de las formas»: es el dominio de las «aguas inferiores», según el simbolismo común a todas las tradiciones. Por ello, la conquista de la «Gran Paz» a menudo está representada por la figura de la navegación (y ésta es una de las razones por las cuales la barca, en el simbolismo católico, representa a la Iglesia); a veces lo está también por la de la guerra, y la *Bhagavad-Gitâ* puede interpretarse en este sentido, lo mismo que podría desarrollarse desde este punto de vista la teoría de la «guerra santa» *(Yihâd)* según la doctrina islámica. Añadamos que la marcha sobre las aguas simboliza el dominio del mundo, de las formas y del cambio: *Vishnú* se llama *Nârâyana,* «el que marcha sobre las aguas»; se impone una comparación con el Evangelio, en el que se ve precisamente a Cristo andar sobre las aguas.

Capítulo XI: LOCALIZACION DE LOS CENTROS ESPIRITUALES

En lo que precede, hemos dejado casi completamente de lado la cuestión de la localización efectiva de la «Región suprema», cuestión muy compleja, por lo demás completamente secundaria desde el punto de vista en que hemos querido situarnos. Parece que haya que considerar varias localizaciones sucesivas, correspondientes a diferentes ciclos, subdivisiones de otro ciclo más extenso que es el *Manvantara;* si además se considerase el conjunto de éste poniéndolo en cierto modo fuera del tiempo, habría que observar un orden jerárquico entre estas localizaciones, que corresponden a la constitución de formas tradicionales que no son en suma más que adaptaciones de la tradición principal y primitiva que domina todo el *Manvantara.* Por otro lado, recordaremos una vez más que puede haber, además del centro principal, varios otros centros que se relacionen con él, y que son como otras tantas imágenes suyas, lo que resulta fuente de confusiones fáciles de cometer, tanto más cuando estos centros secundarios, siendo más extensos, son de ese mismo modo más naturales que el centro supremo (1).
Sobre este último punto hemos hecho notar ya en particular la similitud de Lhasa, centro del Lamaísmo, con el *Agarttha;* añadiremos ahora que, incluso en Occidente, se conocen todavía cuando menos dos ciudades cuya misma disposición topográfica presenta particularidades que, en su origen, tuvieron una razón de ser parecida: Roma y Jerusalem (y hemos visto anteriormente que esta última era efectivamente una imagen visible de la misteriosa *Salem* de *Melki-Tsedeq).* Había en efecto, en la antigüedad, como ya lo habíamos indicado anteriormente, lo que podría llamarse una geografía sagrada, o sacerdotal, y la posición de las ciudades y templos no era arbitraria, sino determinada según leyes muy precisas (2); se puede presentir por ahí los lazos que unían al "arte sacerdotal" y al "arte real" con el de los constructores (3), así como las razones por las cuales las antiguas corporaciones estaban en posesión de una verdadera tradición iniciática (4). Además, entre la fundación de una ciudad y la construcción de una doctrina (o de una nueva forma tradicional, por adaptación a condiciones definidas de tiempo y lugar), había una relación tal que la primera era tomada a menudo para simbolizar a la segunda (5). Naturalmente, se debía recurrir a unas precauciones muy especiales cuando se trataba de fijar el emplazamiento de una ciudad que estaba destinada a convertirse, bajo un aspecto u otro, en la metrópolis de toda una parte del mundo; y los nombres de las ciudades, tanto como lo que se relaciona con las circunstancias de su fundación, merecerían examinarse cuidadosamente desde este punto de vista (6). Sin extendernos sobre estas consideraciones que no se relacionan más que indirectamente con nuestro tema, diremos una vez más que un centro de los que acabamos de hablar existía en Creta en la época prehelénica (7), y que parece que Egipto había contado con varios, probablemente fundados en épocas sucesivas, como Memfis y Tebas (8). El nombre de esta última ciudad, que fue también el de una ciudad griega, debe retener particularmente nuestra atención, como designación de centros espirituales, en razón de su identidad manifiesta con la *Thebah* hebraica, es decir, del Arca del diluvio. Esta es también una representación del centro supremo, considerado especialmente, en tanto que asegura la conservación de la tradición, en el estado de envoltura en cierto modo (9) dentro del período transitorio que es como un intervalo entre dos ciclos y que está marcado por un cataclismo cósmico destruyendo el estado anterior del mundo para hacer sitio a un nuevo estado (10). El papel del *Noé* bíblico (11) es similar al que juega en la tradición hindú *Satyavrata,* que enseguida se convierte, bajo el nombre *Vaivaswata,* en el *Manú* actual; pero hay que señalar que, mientras esta última tradición se refiere así al comienzo del presente *Manvantara,* el diluvio bíblico marca solamente el comienzo de otro ciclo más restringido, comprendido dentro de este mismo *Manvantara (*12): no se trata del mismo acontecimiento, sino solamente de dos acontecimientos análogos entre ellos. Lo que es muy digno de mencionarse aquí es la relación que existe entre el simbolismo del Arca y el del arco-iris, relación que está sugerida, en el texto bíblico, por la aparición de este último después del diluvio, como signo de Alianza entre Dios y las criaturas terrestres (14). El Arca, durante el cataclismo, flota sobre el océano de las aguas inferiores; el arco-iris, en el momento en el que marca el restablecimiento del orden y de la renovación de todas las cosas, aparece «en la nube», es decir, en la región de las aguas superiores. Se trata pues de una relación de analogía en el sentido más estricto de esta palabra, es decir, que las dos figuras son inversas y complementarias una de otra: la convexidad del Arca está vuelta hacia abajo, la del arco-iris está vuelta hacia arriba, y en su unión forman una figura circular o cíclica completa, de la cual son como dos mitades (15). Esta figura era en efecto completa en el comienzo del ciclo: es la copa vertical de una esfera cuya copa vertical es representada por el recinto circular del Paraíso terrestre (16); y éste está dividido por una cruz que forman los cuatro ríos nacidos de la «montaña polar» (17). La reconstitución debe obrarse al final del mismo ciclo; pero en ese caso, en la figura de la Jerusalén celestial, el círculo es reemplazado por un cuadrado (18), y éste indica la realización de lo que los hermetistas designan simbólicamente como la «cuadratura del círculo»: la esfera, que representa el desarrollo de las posibilidades por la expansión del punto primordial y central, se transforma en un cubo cuando este desarrollo está acabado y el equilibrio final es alcanzado para el ciclo considerado (19).
NOTAS

(1). Siguiendo la expresión que Saint-Yves toma prestada del simbolismo del Tarot, el centro supremo está entre los demás centros como el «cero cercado por los veintidós arcanos».
(2). El *Timeo* de Platón parece contener, bajo forma velada, ciertas alusiones a la ciencia de la que trata.
(3). Se recordará aquí lo que hemos dicho del título de Pontífice; por otro lado, la expresión de *arte real* se ha conservado por la Masonería moderna.
(4). Entre los romanos, *Janus* era a la vez el dios de la iniciación a los misterios y el de las corporaciones de artesanos *(Collegia fabrorum);* hay en esta doble atribución un hecho particularmente significativo.
(5). Citaremos, como ejemplo, el símbolo de Amfión bautizando los muros de Tebas con los sonidos de la lira; luego se verá lo que indica el nombre de esta ciudad de Tebas. Se sabe qué importancia tenía la lira en el Orfismo y en el Pitagorismo; hay que notar que en la tradición china, a menudo se trata de instrumentos de música que desempeñan una función similar y es evidente que lo que se dice debe ser entendido también simbólicamente.
(6). En lo que se refiere a los nombres, se habrán podido encontrar algunos ejemplos en lo que precede, especialmente para los que se vinculan con la idea de blancura, y vamos a indicar algunos más. Habría mucho que decir también sobre los objetos sagrados a los cuales estaban ligados, en algunos casos, el poderío y continuidad misma de la ciudad: tal era el legendario *Palladium* de Troya; tales eran también, en Roma, los escudos de los Salios, que se decía habían sido tallados en un aerolito en los tiempos de *Numa;* el Colegio de los Salios es componía de doce miembros; estos objetos eran soportes de «influencias espirituales», como el Arca de la Alianza entre los hebreos.
(7). El nombre de *Minos* es por sí mismo una indicación suficiente en este sentido, tal como el de *Menes* en lo que concierne a Egipto; veremos de nuevo también, para Roma, lo que hemos dicho del nombre de *Numa,* y recordaremos el significado de *Shlomoh* para Jerusalén. A propósito de Creta, señalaremos de paso el uso del *Laberinto,* como símbolo característico, por los constructores de la Edad Media; lo más curioso es que el recorrido del laberinto trazado en el enlosado de algunas iglesias era considerado como reemplazante del peregrinaje a Tierra Santa para quienes no podían cumplirlo.
(8). Se ha visto también que Delfos había jugado este papel para Grecia; su nombre evoca al del delfín; cuyo simbolismo es muy importante. Otro nombre importante es el de Babilonia: *Bab-Ilu* significa «Puerta del Cielo», lo que es una de las calificaciones aplicadas por Jacob a *Luz;* además puede tener también el sentido de «casa de Dios», como *Beith-El;* pero se convierte en sinónimo de «confusión» *(Babel)* cuando se pierde la tradición: entonces es la inversión del símbolo, la *Janua Inferni* la que toma el lugar de la *Janua Coeli.*
(9). Este estado es comparable al que representa para el comienzo de un ciclo el «Huevo del Mundo», conteniendo en germen todas las posibilidades que se desarrollarán en el curso del cielo; el Arca contiene igualmente todos los elementos que servirán para la restauración del mundo, y que son así el germen de su estado futuro.
(10). Es al menos una de las funciones del Pontificado la de asegurar el paso o la transmisión tradicional de un ciclo al otro; la construcción del Arca tiene aquí el mismo sentido que la de un puente simbólico, pues ambos están igualmente destinados a permitir el «paso de las aguas», que además tiene significados múltiples.
(11). Se notará que Noé está designado como habiendo sido el primero que plantó la viña *(Génesis,* 9:20), hecho que se ha de relacionar con lo que hemos dicho anteriormente sobre el significado simbólico del vino y su papel en los ritos iniciáticos, a propósito del sacrificio de Melquisedec.
(12). Uno de los significados históricos del diluvio bíblico puede relacionarse con el cataclismo en el que desapareció la Atlántida.
(13). La misma observación se aplica naturalmente a todas las tradiciones prediluvianas que se encuentran en un gran número de pueblos. Las hay que se refieren a ciclos aún más particulares, y es éste el caso entre los griegos, de los diluvios de *Deucalión* y de *Ogygés.*
(14). *Génesis,* IX: 12-17.
(15). Estas dos mitades corresponden a las del "Huevo del Mundo" como las "aguas superiores" y las "aguas inferiores" mismas; durante el período de turbulencia, la mitad superior se hizo invisible, y en la mitad inferior es donde se produce entonces lo que Fabre d'Olivet llama «amontonamiento de las especies». Las dos figuras complementarias de las que se trata pueden aún, desde cierto punto de vista, asimilarse con dos crecientes lunares puestos en sentido inverso (uno como siendo el reflejo del otro y su simétrico con relación a la línea de separación de las aguas), lo que se refiere al simbolismo de *Janus,* cuyo navío es uno de los emblemas. También se observará que hay una especie de equivalencia simbólica entre el creciente, la copa y el navío, y que la palabra «navío» sirve para designar a la vez estas dos últimas (el "Santo Bajel" es una de las denominaciones más habituales del *Grial* en la Edad Media).
(16). Esta esfera es además el «Huevo del Mundo», el Paraíso terrenal se encuentra en el plano que le divide en sus dos mitades superior e inferior, es decir en el límite del Cielo y de la Tierra.

(17). Los Kabalistas hacen corresponder a estos cuatro ríos con las cuatro letras que forman en hebreo *Pardes;* en otro lugar además hemos señalado su relación analógica con los cuatro ríos de los Infiernos *(L'Ésotérisme de Dante,* ed. *1957,* p. 63).
(18). Este reemplazo corresponde al del simbolismo vegetal por el simbolismo mineral del que hemos indicado en otra parte su significado *(L 'Ésotérisme de Dante,* ed. *1957,* p. 67). Las doce puertas de la Jerusalén celestial corresponden naturalmente a los doce signos del Zodíaco, así como a las doce tribus de Israel; se trata pues de una transformación del círculo zodiacal consecutiva a la parada de la rotación del mundo y a su fijación en un estado final que es la restauración de un estado primordial, cuando sea alcanzada la manifestación sucesiva de las posibilidades que contenía éste.
El «Árbol de la Vida», que estaba en el centro del Paraíso terrenal, está igualmente en el centro de la Jerusalén celestial, y aquí porta doce frutos; éstos no dejan de presentar cierta relación con las doce *Adityas,* como el mismo «Árbol de la Vida» la tiene con *Aditi,* la esencia única e indivisible de la que han descendido.
(19). Se podría decir que la esfera y el cubo corresponden aquí respectivamente a los dos puntos de vista dinámico y estático; las seis caras del cubo están orientadas según las tres dimensiones del espacio, como las seis ramas de la cruz trazada a partir del centro de la esfera. En lo que se refiere al cubo, sería fácil hacer una comparación con el símbolo masónico de la «piedra cúbica», que se relaciona igualmente con la idea de conclusión y perfección, es decir con la realización de la plenitud de las posibilidades implícitas en un determinado estado.

Capítulo XII: ALGUNAS CONCLUSIONES

Del testimonio concordante de todas las tradiciones se desprende claramente una conclusión: la afirmación de que existe una «Tierra Santa» por excelencia, prototipo de las demás «Tierras santas», centro espiritual al cual los demás centros están subordinados. La «Tierra Santa» es también la «Tierra de los Santos», la «Tierra de los Bienaventurados», la «Tierra de los Vivientes», la «Tierra de la Inmortalidad»; todas estas expresiones son equivalentes, y hay que añadirle aún la de «Tierra Pura» (1), que Platón aplica precisamente a «la estancia de los Bienaventurados» (2). Se sitúa habitualmente esta morada en un «mundo invisible»; pero, si se quiere entender de lo que se trata, no hay que olvidar que es lo mismo que las «jerarquías espirituales» de las que también hablan las tradiciones y que representan en realidad grados de iniciación (3).
En el período actual de nuestro ciclo terrestre, es decir, en el *Kali-Yuga,* esta «Tierra Santa» defendida por «guardianes» que la ocultan a miradas profanas asegurando, sin embargo, ciertas relaciones exteriores, en efecto, es invisible, inaccesible, pero sólo para quienes no poseen las cualidades requeridas para entrar allí.
Ahora, su localización en una región determinada debe verse como literalmente efectiva, o sólo como simbólica, o ¿es a la vez una y otra? A esta cuestión responderemos simplemente que, para nosotros, los hechos geográficos mismos, y también los históricos, tienen, como los demás, un valor simbólico, que además, evidentemente, no les quita nada de su realidad propia en tanto que hechos, pero que les confiere, además de esta realidad inmediata, un significado superior (4).
No pretendemos haber dicho todo lo que se tenía que decir sobre el tema al cual se refiere el presente estudio, lejos de ello, y las comparaciones mismas que hemos establecido podrán con seguridad sugerir muchas otras; pero, a pesar de todo, ciertamente hemos dicho mucho más de lo que se ha mencionado hasta ahora, y algunos estarán tentados de reprochárnoslo. Sin embargo, no pensamos que esto sea demasiado, incluso estamos persuadidos de que no hay nada en ello que no deba decirse, aunque estemos menos dispuestos que cualquiera a contestar que se dé pie a considerar un problema de oportunidad cuando se trata de explicar públicamente algunas cosas de carácter algo desacostumbrado. Sobre este problema de oportunidad, podemos limitarnos a una breve observación: y es que, en las circunstancias en medio de las que vivimos actualmente, los acontecimientos se desarrollan con tal rapidez que muchas cosas cuyas razones no aparecen todavía inmediatamente, podrían encontrar, y mucho más pronto de lo que se estaría tentado a creer, aplicaciones bastante imprevistas, si es que no enteramente imprevisibles. Queremos abstenernos de todo lo que, de cerca o de lejos, pareciesen «profecías»; pero, sin embargo, tenemos que citar aquí, para terminar esta frase de Joseph de Maistre (5), que es aún más verdad hoy que hace un siglo: «Hemos de estar preparados para un acontecimiento inmenso en el orden divino, hacia el cual marchamos a una velocidad acelerada que debe de llamar la atención de todos los observadores. Terribles oráculos anuncian ya que los tiempos se han cumplido. »
NOTAS
(1). Entre las escuelas budistas que existen en el Japón hay una, la de *Giô-dô,* cuyo nombre se traduce por «Tierra Pura»; éste recuerda, por otro lado, la denominación islámica de los «Hermanos de la Pureza» *(Ikhwân Es-Safâ),* sin hablar de los *Cátaros* de la Edad Media occidental, cuyo nombre significa «puros». Además es probable que la palabra *Sûfi,* que designa a los iniciados musulmanes (o más exactamente a los que han llegado al final de la iniciación, como los *Yoguis* en la tradición hindú), tenga

exactamente el mismo significado; en efecto, la etimología vulgar, que le hace derivar de *sûf,* «lana» (de donde habría sido hecho el vestido que llevan los *sufies),* es muy poco satisfactoria, y la explicación por el griego *sophos,* «sabio», parece más aceptable, tiene el inconveniente de acudir a un término extraño a la lengua árabe; pensamos, pues, que hay que admitir con preferencia la interpretación que hace venir *Sufi* de *safâ,* «pureza».
(2). La descripción simbólica de esta «Tierra Pura» se encuentra hacia el final del *Fedón* (traducción de Mario Meunier, pp. 285-289); ya se ha dicho que se puede establecer una forma de paralelo entre esta descripción y la que hace Dante del Paraíso terrestre (John Stewart, *The Myths of Plato, pp*. 101-113).
(3). Además, los diversos mundos son propiamente estados, y no lugares, aunque puedan ser descritos simbólicamente como tales; la palabra sánscrita *loka,* que sirve para designarlo, y que es idéntica al latín *locus* confirma en sí misma la indicación de este simbolismo espacial. Existe también un simbolismo temporal, según el cual estos mismos estados son descritos bajo la forma de ciclos sucesivos, aunque el tiempo tanto como el espacio no sea en realidad más que una condición propia para una de ellas, de manera que la sucesión no es aquí sino la imagen de un encadenamiento causal.
(4). Esto puede compararse a la pluralidad de los sentidos según los cuales se interpretan los textos sagrados, y que, lejos de oponerse o destruirse, se complementan y se armonizan, al contrario, en el conocimiento sintético integral. Desde el punto de vista que indicamos aquí, los hechos históricos corresponden a un simbolismo temporal, y los hechos geográficos a un simbolismo espacial; hay además entre unos y otros una ligazón o una correlación necesaria, como entre el tiempo y el espacio mismos, por lo que la localización del centro espiritual puede ser diferente según los períodos examinados
(5). Soirées de Saint-Petersbourg, undécima velada. (traducc. española, *Las veladas de San Petersburgo*, Espasa-Calpe, Madrid). Apenas hay necesidad, para evitar toda apariencia de contradicción con el cese de los oráculos a la que hacíamos alusión anteriormente y que Plutarco había observado ya, de recalcar que esta palabra «oráculos» es tomada por Joseph de Maistre en un sentido amplio, el que a menudo se le da en el lenguaje corriente, y no en el sentido propio y preciso que tenía en la Antigüedad.